

**CENTRO DE INVESTIGACIÓN Y DOCENCIA ECONÓMICAS, A.C.**



**DERROTA DE GRANDES POTENCIAS EN GUERRAS ASIMÉTRICAS**

**T E S I N A**

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE

**LICENCIADO EN CIENCIA POLÍTICA Y RELACIONES INTERNACIONALES**

**P R E S E N T A**

**LUIS VALENTÍN PEREDA AGUADO**

DIRECTOR DE LA TESINA: DR. ARTURO C. SOTOMAYOR VELÁZQUEZ

MÉXICO, D.F.

JUNIO 2008

*A Luis Ángel Pereda Lara e Irene Aguado Herrera*

## **Agradecimientos:**

Quiero agradecer a todos quienes con su apoyo académico, laboral o afectivo hicieron posible la realización de este proyecto:

Arturo C. Sotomayor Velázquez, Covadonga Meseguer Yebra, Jorge Chabat, Lorena Ruano Gómez, Luis Felipe Barrón Córdova, Jesús Eduardo García Castillo, Gerardo Rodríguez Sánchez-Lara, Luisa Cristina Tapia Durand, Irene Anaís Pereda Aguado, Alfonso de Alba Aguayo, Luis Sandoval Salazar, Daniel Keil Ríos, Jacques Sestier Guirette, María José González Álvarez, Jorge Manuel Meade Cervera y Sylvia Lucía Díaz Alzamora.

## Índice

Introducción .....	7
I. Marco teórico.....	12
A. Explicaciones alternativas.....	14
B. Hipótesis a evaluar .....	16
II. Metodología .....	22
III. La intervención soviética en Afganistán .....	29
A. Condiciones antecedentes .....	29
B. Interacción estratégica.....	30
C. Apoyo externo.....	41
IV. La guerra de las Malvinas .....	51
A. Condiciones antecedentes .....	51
B. Interacción estratégica.....	52
C. Apoyo externo.....	63
Conclusiones .....	73
Bibliografía .....	80

*Videntes autem Philisthim quod mortuus esset fortissimus eorum, fugerunt*

1Sm17, 51

## **Introducción**

Las teorías convencionales sobre la guerra han privilegiado la idea de que las capacidades militares de los Estados son determinantes en el resultado de los conflictos. En principio, la premisa según la cual el más fuerte debe ganar parece acertada y totalmente intuitiva. Es en parte por esto que su asimilación en el ámbito del pensamiento estratégico tradicional ha resultado tan sencilla. De hecho, su aceptación ha sido tan generalizada que en diversos tratados sobre la guerra ni siquiera se habla de una victoria militar del fuerte sobre el débil, sino de una simple sumisión del débil ante los intereses políticos del poderoso ya que, en principio, un actor racional debe preferir rendirse antes que arriesgarse a ser destruido por un ejército abrumadoramente superior.

Esta lógica ha resultado tan influyente que incluso ha penetrado en los fundamentos de algunas de las principales teorías sobre las relaciones internacionales. De acuerdo con las premisas del pensamiento realista, los Estados buscan preservar y extender su poder en un sistema internacional anárquico mediante el empleo de los instrumentos a su disposición (Morgenthau 1985). Tradicionalmente, una de las herramientas a las que los Estados recurren en su búsqueda de poder es el ejército, por lo que el recurso al enfrentamiento armado desempeña un papel fundamental en la definición de las relaciones de poder dentro del sistema internacional (Kennedy 2005: 20-23).

En términos generales puede afirmarse que los actores más poderosos e influyentes en la comunidad internacional casi siempre han sido aquellos que disponen de una mayor capacidad militar; por lo que la escuela realista identifica la superioridad militar como la facultad de imponerse sobre las entidades más débiles mediante el empleo de la fuerza (Von Clausewitz 2006: 20-23).

En esta línea de pensamiento, se señala que en un mundo de actores racionales, que definen su comportamiento con base en análisis de costos y beneficios, un Estado nunca se enfrentará a un enemigo con capacidades militares abrumadoramente superiores, ya que no considera tener posibilidades de vencer (Paul 1994: 3-15). Desde esta premisa, sí por alguna razón, algún país se viera envuelto en una guerra contra un ejército superior, este último lógicamente tendría que salir victorioso.

Pero ¿qué tan cierto es esto? ¿Hasta qué punto se puede afirmar que, en el marco de un conflicto armado, la supremacía militar es un elemento suficiente para asegurar el cumplimiento de la voluntad del actor más fuerte? En los hechos, podemos observar que los países débiles no sólo rehúsan con frecuencia someterse y acceder a los intereses de las grandes potencias. Muchas veces están dispuestos a enfrentarse en el campo de batalla contra ejércitos abrumadoramente superiores. En ocasiones, son de hecho las pequeñas potencias quienes deciden iniciar hostilidades contra uno o más actores con capacidades bélicas mayores y, en ciertos casos, incluso logran prevalecer. Este fenómeno no es reciente. A lo largo de la historia, en las conflagraciones entre facciones con capacidades de combate desiguales, las victorias de los menos poderosos se han producido esporádicamente y se puede señalar que, tanto el número de conflictos armados entre actores fuertes contra entidades débiles, como la cantidad de casos en que las facciones más poderosas han sido vencidas se han incrementado con el transcurso del tiempo (Arreguín-Toft 2001).

Las teorías convencionales sobre la guerra, por lo general, consideran que los conflictos asimétricos en los que el resultado favorece al actor débil constituyen excepciones que no obligan a replantear sus propuestas, ni la validez o capacidad explicativa de las mismas. Esto, sin embargo, no permite responder a la pregunta ¿por qué,

en ciertas ocasiones, son derrotadas las grandes potencias en guerras asimétricas? Para responderla es necesario cuestionar algunos de los supuestos teóricos convencionales.

En este estudio, mi objetivo es analizar el fenómeno ya mencionado, para entender cómo en ocasiones las grandes potencias son derrotadas por entidades con capacidades militares inferiores. Es decir que busco establecer las causas y entender por qué en ocasiones específicas las grandes potencias son vencidas en conflictos armados por entidades más débiles.

Para tal efecto, analizaré dos posibles explicaciones y las contrastaré con dos casos de estudio. Mi primera hipótesis sostiene que el factor que inhabilita el poderío de un gran ejército se encuentra en la forma en que el contrincante menos poderoso se adapta a las estrategias empleadas por su adversario (Arreguín-Toft 2001).

La segunda hipótesis a testear considera que la derrota de los poderosos en guerras contra enemigos pequeños puede explicarse por la cantidad de ayuda externa recibida por la entidad menos fuerte durante el conflicto (Record 2006). Esta explicación es relevante ya que al igual que las teorías estratégicas convencionales, asume que las capacidades de combate son fundamentales. Sin embargo, no presupone que un beligerante carente de recursos propios esté destinado a perder. Por este motivo, esta propuesta será considerada como hipótesis alternativa.

Estas dos explicaciones serán puestas a prueba para analizar y comparar dos guerras asimétricas con resultados contrastantes: la ocupación de Afganistán por la Unión Soviética, y la guerra de las Malvinas. De tal forma, la pregunta empírica que guiará este estudio es: ¿por qué Afganistán venció a la Unión Soviética, en tanto que Argentina resultó derrotada por Gran Bretaña? Al estudiar estos dos conflictos también se busca explorar la variación de resultados en las guerras asimétricas. Dicho de otro modo, se pretende analizar

por qué unos países débiles logran imponerse frente a Goliat, en tanto que otros fracasan en el intento.

El estudio de este fenómeno se justifica por tres razones. En primer lugar, la importancia de estudiar este tema reside en que en las teorías tradicionales no se encuentran suficientes elementos que permitan una aproximación analítica al fenómeno de la derrota de las grandes potencias en guerras asimétricas. Como se mencionó anteriormente, la mayoría de los estudios sobre el desarrollo de los conflictos armados considera la capacidad militar como el elemento preponderante en la definición del desenlace de una guerra. Por lo tanto, no permiten entender cómo una pequeña potencia logra derrotar a un contrincante más fuerte. Es necesario analizar este fenómeno para aportar elementos sobre este tema poco estudiado.

Por otra parte, es importante investigarlo porque resulta contra intuitivo que un actor débil pueda imponerse sobre una entidad con mayores capacidades bélicas. Se requiere encontrar una explicación que permita entender el desempeño de las diferentes facciones beligerantes en este tipo de conflagraciones, así como el impacto que ello puede tener en las relaciones internacionales.

Por último, esta investigación resulta relevante en el aspecto práctico, ya que en un sistema internacional con fuertes asimetrías de poder como el actual, los conflictos asimétricos son mucho más probables. Sin embargo, las causas de la derrota de las grandes potencias en este tipo de conflagraciones siguen siendo poco claras.

El trabajo se desarrolla de la siguiente manera. En la primera sección realizo un recuento de las distintas explicaciones ofrecidas por los estudios relacionados con guerras asimétricas para entender las causas de la derrota de grandes potencias en este tipo de conflagraciones, y justifico la selección de mis hipótesis. En la segunda parte, establezco el

formato metodológico que estructura el estudio. En la tercera sección analizo cómo influyeron la interacción estratégica y el nivel de ayuda externa en la derrota de la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas (URSS) en Afganistán. En la cuarta, reproduzco el mismo ejercicio con el fin de explicar la victoria británica contra Argentina en las Malvinas. Finalizo con algunas conclusiones sobre la pregunta que guía la elaboración del trabajo.

## **I. Marco teórico**

En términos generales, el concepto de guerra asimétrica es ambiguo y aunque se han propuesto varias definiciones con el fin de delimitar los elementos constituyentes de un conflicto de dicha naturaleza no se ha llegado a un consenso sobre los aspectos específicos que diferencian a una guerra asimétrica de otra de carácter convencional. Sin embargo, por lo general se acepta que el concepto designa al conjunto de guerras entre dos o más actores en las que las fuerzas armadas de una facción son considerablemente más poderosas que las de la otra en términos de capacidad destructiva. Ivan Arreguín-Toft (2001: 110)) define una guerra asimétrica como aquella en la que “la mitad del gasto militar de un actor por la población de su país supera en una relación de cinco a uno al gasto militar de la población por las fuerzas armadas de su adversario”.

Para efectos de este estudio, resulta conveniente adoptar una definición más simple. Por ello, propongo definir un conflicto asimétrico como aquél en el cual el promedio del gasto militar anual de un actor durante el periodo que abarque los años de duración del enfrentamiento y los cinco años anteriores al inicio de las hostilidades, sea por lo menos cinco veces mayor al de su enemigo durante el mismo periodo. La gran potencia es, por lo tanto, el contendiente cuyos recursos militares superen a los de su antagonista en esa proporción.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Se toman en cuenta los cinco años previos al inicio del conflicto ya que un Estado requiere un periodo relativamente extenso para construir y entrenar un aparato castrense funcional.

**GUERRAS ASIMÉTRICAS BAJO EL MODELO DE ARREGUÍN-TOFT  
(Arreguín-Toft 2001)**

<b>Conflicto</b>	<b>Duración</b>	<b>Victoria del más débil</b>
Guerra de independencia de Indonesia	1945-1946	SI
Guerra de Indochina	1945-1954	SI
Guerra de Madagascar	1947-1948	NO
Primera guerra de Cachemira	1947-1949	NO
Palestina	1948-1949	SI
Rebelión malaya	1948-1957	NO
Hyderabad	1948-1948	NO
Conflicto coreano	1950-1953	SI
China vs Tíbet	1950-1951	NO
Filipinas	1950-1952	NO
Kenia	1952-1956	NO
Guerra de independencia de Túnez	1952-1954	SI
Guerra de independencia de Marruecos	1953-1956	SI
Guerra de Argelia	1954-1962	SI
Reino Unido vs Chipre	1954-1959	SI
Camerún	1955-1960	SI
Rusia vs Hungría	1956-1956	NO
Sinaí	1956-1956	NO
Guerra tibetana	1956-1959	NO
Cuba	1958-1959	SI
Vietnam del Sur	1960-1965	SI
Congo	1960-1965	NO
Guerra kurda	1961-1963	NO
Angola vs Portugal	1961-1965	SI
China vs India	1962-1962	NO
Portugal vs Guinea Bissau	1962-1964	SI
Mozambique	1964-1975	SI
Vietnam	1965-1975	SI
Segunda guerra de Cachemira	1965-1965	SI
Guerra de los Seis Días	1967-1967	SI
Israel vs Egipto	1969-1970	SI
Bangladesh	1971-1971	NO
Filipinas vs Moro	1972-1980	NO
Guerra del Yom Kippur	1973-1973	SI
Turquía vs Chipre	1974-1974	NO
Eritrea	1974-1991	SI
Guerra de autonomía kurda	1974-1975	NO
Timor Oriental	1974-1975	SI
Vietnam y Camboya	1975-1979	NO
Sahara Occidental	1975-1983	NO
Guerra civil en Chad	1975-1988	NO
Etiopía y Somalia	1977-1978	NO
Afganistán	1978-1989	SI
China vs Vietnam	1979-1979	NO
Guerra civil peruana	1982-1992	NO
Rebelión en Tamil	1983-1990	SI
China vs Vietnam	1985-1987	SI
Guerra del Golfo	1990-1991	NO
Irak vs Kuwait	1990-1990	NO
Rebelión Kurda	1991-	.
Rebelión Serbia	1991-1996	SI
Rusia vs Chechenia	1994-1996	SI

En lo referente al concepto de victoria, propongo adoptar la definición establecida por el estratega prusiano Carl Philipp Gottlieb von Clausewitz, ya que a pesar de tener casi dos siglos de antigüedad sigue reflejando la esencia del triunfo militar. Von Clausewitz entiende la victoria en la guerra como el momento en que “[Logramos] imponer nuestra voluntad al adversario” (Von Clausewitz 2006). Cabe señalar que esta “imposición” debe ir acompañada por un cese a las hostilidades por parte de todas las facciones involucradas en la conflagración. Una imposición que sigue provocando respuestas agresivas por parte del actor sometido, que se traducen en pérdidas humanas y materiales para su enemigo no puede ser considerada como victoria. De ahí se sigue que por derrota puede entenderse la incapacidad de un actor para imponer su voluntad sobre su contrincante sin que éste deje de ofrecer resistencia. Para que la derrota sea consumada, dicha incapacidad debe continuar hasta la culminación del conflicto que debe caracterizarse por un cese definitivo de las hostilidades y por el abandono por parte de una facción de sus intentos por imponer su voluntad sobre el contrario.

#### *A. Explicaciones alternativas*

Para encontrar explicaciones adecuadas sobre las causas del fenómeno que pretendo estudiar, es necesario buscar más allá del espectro abarcado por las teorías convencionales sobre la guerra. Existen investigaciones sobre la naturaleza y las características de las guerras asimétricas que permiten una aproximación analítica a las causas del fracaso de las grandes potencias en este tipo de enfrentamientos y los estudios en la rama de la historia militar ofrecen algunas explicaciones sobre los factores que contribuyeron a la derrota de

los más fuertes, en casos específicos de conflicto asimétrico. A continuación mencionaré cuales son los argumentos más recurrentes en la literatura consultada.

Primero, la tesis más aceptada sobre los elementos que permiten la victoria de los débiles señala que, en muchas ocasiones, las grandes potencias se ven envueltas en conflictos que implican la destrucción de movimientos o regímenes hostiles a sus intereses, pero que no representan una amenaza directa para su supervivencia. Esto implica que durante el enfrentamiento, el actor débil se está jugando la existencia, mientras que el actor fuerte tan sólo intenta alcanzar algunos objetivos secundarios. Por lo tanto, la motivación y la determinación del bando menos fuerte son mucho mayores que las de su antagonista, ya que no sólo enfrenta la eventual ocupación de su territorio, sino la posibilidad de ser destruido. Este fue el caso de las fuerzas rebeldes en la guerra de independencia estadounidense, así como del régimen comunista en la guerra de Vietnam (Mack 1975).

El segundo motivo considerado como determinante en la derrota de las grandes potencias es el sesgo existente entre sus élites políticas y sus élites militares. Los ejércitos de los Estados poderosos saben conseguir victorias militares, pero éstas no se pueden traducir en victorias políticas a menos que exista una coordinación adecuada entre el gobierno y el ejército. Cuando no existe armonía entre los objetivos designados por el Estado, los recursos destinados a las fuerzas armadas con el fin de alcanzarlos y el tipo de estrategia diseñada por el ejército, la facción más débil puede aprovecharlo y hacer que esta falta de coordinación juegue en su favor (Ricks 2006).

En tercer lugar, se argumenta que las pequeñas potencias tienen más oportunidades de vencer a un enemigo superior cuando los compromisos e intereses militares internacionales de éste rebasan sus capacidades. Cuando una gran potencia tiene que dispersar sus capacidades militares para poder apoyar a sus aliados y controlar a sus

enemigos alrededor del mundo, puede llegar a un punto en el que sus fuerzas estén tan ocupadas y tan diseminadas atendiendo tantos asuntos distintos que resulten incapaces de concentrarse en luchar en contra de un pequeño enemigo. En ese caso los recursos que la gran potencia puede destinar al enfrentamiento contra uno o varios adversarios inferiores se reducen considerablemente, e incrementan la capacidad de resistencia de la facción más débil (Kennedy 2005).

En cuarto lugar, otro argumento comúnmente mencionado señala que en este tipo de enfrentamientos las grandes potencias democráticas son mucho más vulnerables que los regímenes autocráticos. Esto se debe a que, en general, el umbral de resistencia de una democracia a las pérdidas humanas es mucho más bajo que aquel de los regímenes autoritarios. Además las democracias son, en términos generales, más moderadas en el empleo de la violencia armada que los regímenes no democráticos. Ello dificulta el empleo de tácticas de contrainsurgencia efectivas. Por el contrario, en los regímenes autocráticos, la ausencia de libertad de expresión y de asociación, así como el control de los medios de comunicación, facilitan el encubrimiento de brutalidades militares y dificultan la organización de las fuerzas opositoras (Merom 2003).

### *B. Hipótesis a evaluar*

Uno de los argumentos existentes señala que, en todos los conflictos armados los contrincantes adoptan distintas estrategias en función del plan que consideran más adecuado para derrotar a su adversario. La definición de una estrategia contiene cuatro elementos distintos que cada facción define mediante la respuesta a las siguientes

preguntas: ¿quién soy? ¿Cuál es mi objetivo? ¿Cómo pienso alcanzarlo? ¿Qué recursos estoy dispuesto a emplear en esta tarea? (Ricks 2006).

A pesar de que el espectro de estrategias elegibles puede ser muy amplio, y de que cada una puede contener elementos variados y complejos, en términos generales el conjunto de cursos de acción posibles puede dividirse en dos gamas. La primera abarca las estrategias orientadas a la destrucción de las capacidades materiales de combate del adversario; la segunda, aquéllas encauzadas a la eliminación de su voluntad para seguir luchando.<sup>2</sup> El primer conjunto es conocido como “estrategias directas” y el segundo como “estrategias indirectas” (Arreguín-Toft 2001).

La forma en que se desarrolla el combate una vez que los actores en conflicto han diseñado y puesto en acción sus respectivas estrategias se conoce como interacción estratégica. En las diádas, dicha interacción únicamente puede presentarse bajo dos formas: aquélla en la que ambas partes persiguen el mismo fin, sea éste la destrucción de las capacidades o de la voluntad de su enemigo, o aquélla en la que una facción busca eliminar las capacidades de su rival, mientras la otra golpea su voluntad de combate.

En las conflagraciones asimétricas el contrincante menos poderoso no dispone de recursos suficientes para contrarrestar las capacidades bélicas de su enemigo, por lo que al entrar en combate directo puede ser derrotado muy fácilmente. Cuando una gran potencia busca destruir las fuerzas armadas de un rival pequeño, la única forma en que éste puede aspirar a la victoria es adoptando una estrategia indirecta que evite el enfrentamiento frontal con el ejército contrario, y que simultáneamente se enfoque en mermar su voluntad de

---

<sup>2</sup> Por voluntad me refiero a los incentivos de las entidades políticas con poder de veto para prolongar el conflicto.

combate, imponiéndole costos políticos y económicos mediante la prolongación del conflicto y el desgaste de sus fuerzas.

La adopción de una estrategia indirecta por parte de la facción más débil con el propósito de ganar tiempo implica que ésta acepta realizar los sacrificios necesarios para mantener a sus tropas fuera del alcance de las fuerzas enemigas, pues un ejército débil puede vencer evitando ser derrotado, mientras que uno poderoso puede perder si no logra alcanzar la victoria (Kissinger 1969), ya que, con el transcurso del tiempo, la impotencia ejerce un efecto negativo sobre la voluntad para seguir combatiendo. Sin embargo, para ganar este tiempo, el bando menos poderoso debe contar con suficientes santuarios territoriales y políticos, así como con el apoyo de la población que los provee. Sólo así puede guarecer sus tropas y conseguir los recursos necesarios para prolongar su lucha.

Una gran potencia puede contrarrestar adecuadamente una estrategia indirecta mediante la adopción de medidas orientadas a la destrucción de la voluntad de combate del actor menos poderoso. Estas medidas, concebidas para desincentivar a los efectivos del grupo enemigo, así como a sus partidarios, pueden variar desde el empleo de tácticas de guerra psicológica, hasta la construcción de campos de concentración. No obstante, para el contrincante más poderoso, la puesta en marcha de una estrategia indirecta sólo rinde frutos cuando su rival adopta una aproximación similar en lo que se refiere a la naturaleza del combate. Para la gran potencia no sirve lanzar una campaña psicológica contra su adversario cuando las capacidades militares de éste no están amenazadas.

En resumen, cuanto más similares sean las estrategias de las facciones en conflicto, la gran potencia es más favorecida, y mientras más divergentes sean, se vuelve más probable su derrota. Este argumento es puesto a prueba en el estudio sobre la guerra de Vietnam realizado por Ivan Arreguín-Toft. De acuerdo con este autor, cuando la interacción

estratégica entre Estados Unidos y Vietnam del Norte fue similar, el desarrollo del conflicto favoreció a la gran potencia americana, pero cuando el general Võ Nguyên Giáp decidió enfocarse en destruir la voluntad estadounidense y la gran potencia no logró adaptar su respuesta rápida y adecuadamente, la situación se inclinó en favor de los norvietnamitas.

Un último argumento señala que para comprender la victoria de pequeños ejércitos sobre grandes potencias militares es necesario tomar en cuenta el nivel de apoyo que el actor menos poderoso recibe por parte de entidades no involucradas directamente en el conflicto. De acuerdo con esta propuesta, la determinación de los combatientes, la interacción estratégica y el nivel de consenso entre las élites político-militares de la gran potencia son factores importantes que influyen en el desenlace de las conflagraciones asimétricas. Sin embargo, ninguno de estos elementos basta para explicar la derrota del bando más poderoso.

Si la facción débil no cuenta con las capacidades materiales y humanas necesarias para hacer frente a su adversario, éste logrará asfixiarla hasta el punto en que deje de resistir. La única manera en que el contrincante menos poderoso puede mantener su capacidad para combatir es la obtención de ayuda externa, que puede manifestarse en forma de armamento, equipo, medicina, comida, combustible o transferencias financieras, pero también en formas poco mensurables como entrenamiento, información o apoyo diplomático. Esta ayuda permite al bando débil mantener, regenerar e incluso incrementar sus capacidades bélicas sin incurrir en costos que de otra manera no sería capaz de solventar.

De esta forma la facción débil puede prolongar el conflicto y seguir representando un reto para su adversario. Por su parte, la gran potencia se ve obligada a gastar más para compensar las pérdidas y el desgaste de sus fuerzas armadas. Con el tiempo, el incremento

en gastos que no habían sido originalmente planeados, así como en el número de pérdidas humanas se transforman en costos políticos que pueden modificar los incentivos de los dirigentes de la gran potencia y forzar un cese a las hostilidades. Asimismo, existe la posibilidad de que mediante grandes cantidades de ayuda externa, la facción inicialmente menos poderosa, logre incrementar sus capacidades de combate hasta el punto en que pueda enfrentar directamente a su enemigo, combatirlo y derrotarlo de manera convencional.

La relevancia de esta propuesta se encuentra en que, al igual que las teorías tradicionales sobre la guerra, considera indispensables las capacidades de combate para explicar el desenlace de los conflictos armados. No obstante, no presupone que la superioridad militar de la gran potencia en el periodo inicial del conflicto baste para disuadir a su contrincante y obligarlo a someterse, o para garantizar una victoria en el combate (Biddle 2004).

Todos los argumentos anteriormente mencionados merecen ser analizados si se desea alcanzar un entendimiento más extenso sobre las causas que operan en la derrota de grandes potencias en guerras asimétricas. Sin embargo, para efectos de este estudio solamente se analizan los dos últimos. Esto se debe a que las primeras tres propuestas involucran elementos poco tangibles y comparables como el nivel de sobre extensión, el grado de consenso entre las élites y la determinación de los combatientes. Esto hace más complicado el establecimiento de mecanismos causales claros que permitan entender el desenlace de los conflictos. Aunque la interacción estratégica y el apoyo externo también contienen aspectos poco evidentes, éstos no afectan la explicación al grado de neutralizar la utilidad de las fuentes secundarias en las que se sustenta este estudio. Por otra parte, la propuesta sobre el tipo de régimen es atractiva, pero presupone la existencia de una

interacción estratégica indirecta, por lo que resulta necesario realizar primero un análisis sobre la fortaleza de este argumento.

## **II. Metodología**

El propósito de este estudio es realizar un análisis comparado de dos guerras asimétricas con resultados diferentes con el fin de determinar los mecanismos causales y explorar la variación en el desenlace del conflicto. Por lo tanto, la variable dependiente es justamente el resultado final de cada confrontación. Propongo clasificar los resultados de ambos conflictos en dos categorías: victoria o derrota de la gran potencia. La victoria se produce al alcanzarse las dos condiciones: imposición de la voluntad al adversario y cese a las hostilidades, en tanto que el resultado derrota se genera cuando terminan los enfrentamientos y el actor más fuerte no logra imponer sus objetivos. La variación únicamente puede producirse entre estos dos resultados.

En lo referente a la interacción estratégica entre el actor débil y el actor fuerte parto del modelo propuesto por Arreguín-Toft (2001), según el cual las grandes potencias son más susceptibles a la derrota cuando adoptan estrategias de naturaleza opuesta a las de su adversario. Entonces, en lo que concierne al tipo de estrategias empleadas, la variación se limita a dos categorías: interacciones opuestas o convergentes. Asumo que, en la formulación de una estrategia, los recursos se asignan principalmente al empleo de un tipo de tácticas en función de la forma en que los dirigentes perciban que pueden hacer frente a su adversario de manera más eficiente. Esto me permite analizar cómo la adopción de cierto tipo de estrategia afectó en una forma u otra el rumbo de las conflagraciones estudiadas (Ricks 2006).

En cuanto al nivel de asistencia externa, muestro evidencia que permite apreciar las diferencias entre los niveles y el tipo de apoyo recibido por las entidades menos poderosas en uno y otro caso, y analizo la forma en que esta ayuda influyó en los procesos que

llevaron a la culminación específica de cada conflicto. Cuando es posible, presento evidencia fácilmente comparable entre casos. Sin embargo, por tratarse de conflictos armados, muchas de estas transferencias son efectuadas en secreto y no se sabe con exactitud hasta qué grado se elevaron los montos de asistencia, por lo que los datos disponibles no siempre reflejan adecuadamente la magnitud de los apoyos. Por otra parte, otros tipos de asistencia no cuantificables como el suministro de inteligencia, el apoyo diplomático o el entrenamiento proporcionado a los combatientes tienen un impacto más difícil de apreciar y comparar entre una guerra y otra. En estos casos, analizo las diferencias en términos de la relevancia que tuvieron en el desencadenamiento de los eventos que condujeron a la terminación del conflicto.

Para efectos de este estudio, he seleccionado dos casos de guerras asimétricas: la intervención soviética en Afganistán y la guerra de las Malvinas. En el primer caso, el conflicto fue librado entre la Unión Soviética y la República Democrática de Afganistán (RDA) contra los ejércitos muyahidín. Este conflicto se desarrolló entre diciembre de 1979 y febrero de 1989. En el segundo caso, las partes involucradas fueron Argentina y Reino Unido quienes se enfrentaron entre abril y junio de 1982. La selección de casos responde a dos motivos.

En primer lugar, ambos eventos son casos de guerras asimétricas que se desarrollaron en condiciones antecedentes similares. Se trata de dos potencias nucleares con capacidades militares reconocidas que se enfrentaron contra dos entidades sin acceso a un arsenal nuclear y cuyos ejércitos no eran equiparables a los de sus adversarios. Además, ambas son conflagraciones que se libraron durante el mismo periodo histórico, en un contexto internacional muy similar. Las circunstancias en que se desarrollaron ambos conflictos responden en gran medida a la lógica del enfrentamiento entre las dos

superpotencias mundiales y, más específicamente, a la transición entre el periodo de la *détente* y la readopción de la política de contención por parte de Estados Unidos. Aunque la guerra de las Malvinas fue corta en comparación a la intervención soviética en Afganistán, durante un corto periodo ambas fueron libradas simultáneamente. Este factor temporal también permite neutralizar la influencia de la innovación tecnológica en el desenlace de las conflagraciones, ya que el tipo de armamento empleado en ambas corresponde a un mismo momento en el desarrollo de la tecnología castrense. Por otra parte, ninguno de los conflictos propuestos fue una guerra de descolonización. Esto es relevante, ya que los incentivos de los actores en este tipo de enfrentamientos se fundan en una serie de elementos distinta.

En segundo lugar, la intervención de la URSS en Afganistán es un caso de derrota de una gran potencia, mientras que, en la guerra de las Malvinas, la entidad más poderosa logró vencer. Esto representa la variación que pretendo explicar, ya que permite analizar qué tanto sirven los argumentos previamente seleccionados, para explicar el desenlace de una guerra asimétrica en la que la gran potencia es vencida, y otro en el que sale victoriosa. De esta manera, se introduce una variación en la variable dependiente y se realiza un examen más minucioso sobre la capacidad explicativa de los argumentos. Asimismo, la interacción estratégica entre las facciones y el nivel de ayuda externa recibida varían notoriamente entre un caso y otro, por lo que también existe variación en las variables independientes.

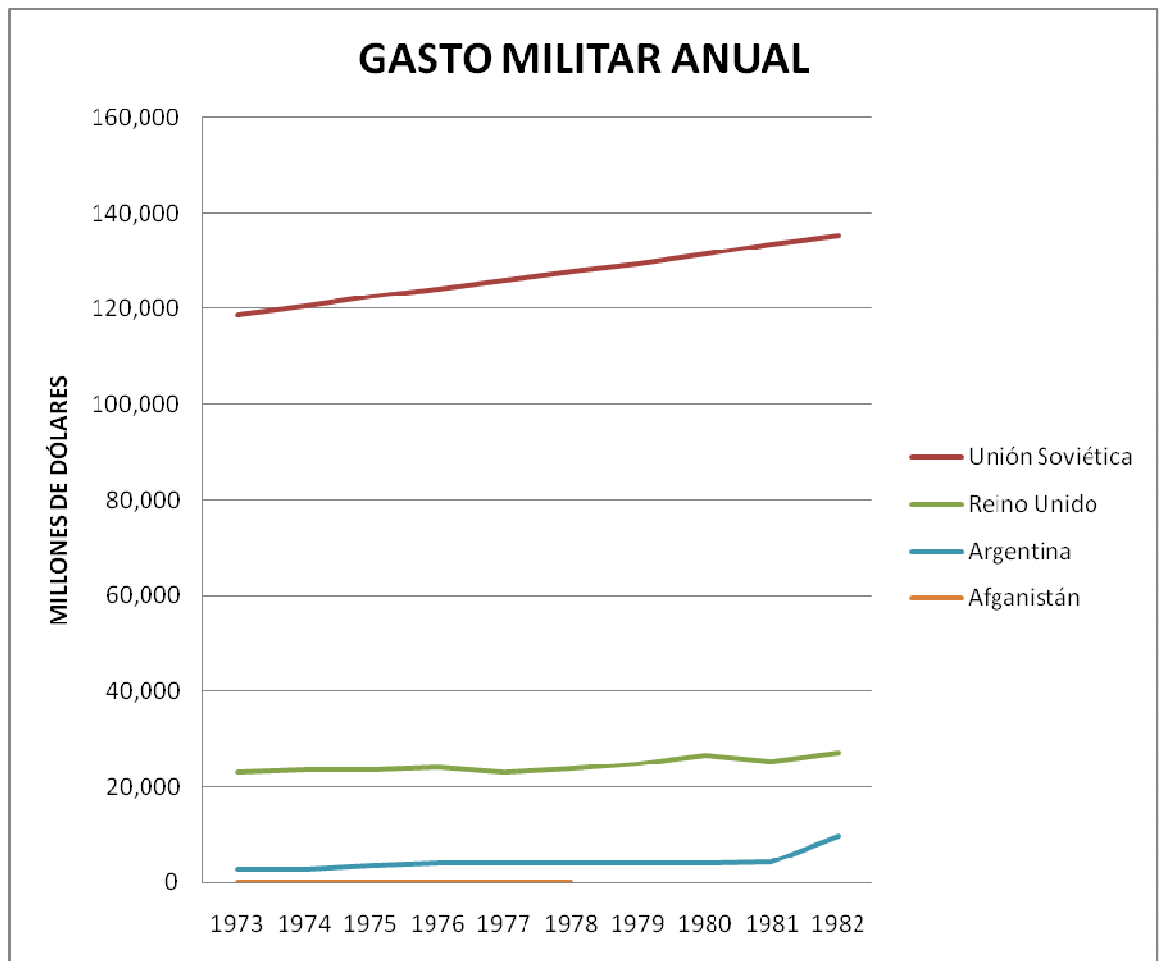
### GASTO MILITAR ANUAL EN MILLONES DE DÓLARES<sup>3</sup>

<b>Año</b>	<b>1973</b>	<b>1974</b>	<b>1975</b>	<b>1976</b>	<b>1977</b>	<b>1978</b>	<b>1979</b>	<b>1980</b>	<b>1981</b>	<b>1982</b>
<b>Estados Unidos</b>	145,237	143,583	139,241	131,702	137,104	138,001	138,776	143,974	154,036	169,691
<b>Unión Soviética</b>	118,800	120,700	122,600	124,200	126,100	128,000	129,600	131,500	133,700	135,500
<b>Reino Unido</b>	23,003	23,491	23,478	23,926	22,930	23,680	24,754	26,749	25,250	27,163
<b>Francia</b>	20,863	20,773	21,696	22,639	23,894	25,286	25,862	26,425	27,079	27,177
<b>Argentina</b>	2,642	2,691	3,419	3,890	3,979	4,025	3,980	3,942	4,106	9,795
<b>Brasil</b>	2,672	1,873	1,988	2,212	2,017	1,867	1,665	1,303	1,354	1,531
<b>Afganistán</b>	54.3	51.1	56.2	71.4	72.9	77.7	..	..	..	..
<b>Pakistán</b>	1118	1115	1121	1124	1146	1208	1224	1355	1548	1679

La selección de casos permite controlar algunas de las explicaciones alternativas resumidas en la sección anterior. Por ejemplo, se toman en consideración conflictos que combinan diferentes tipos de régimen. Gran Bretaña es un país democrático que logró emerger victorioso, en tanto que la Unión Soviética poseía un régimen de tipo autoritario. Sin embargo, el resultado fue contrario al sugerido por la teoría según la cual los regímenes democráticos suelen ser más vulnerables en guerras asimétricas. Según esta teoría Reino Unido debió perder la guerra, en tanto que la URSS debió emerger victoriosa. Al existir variación ideológica entre los casos se puede controlar el efecto del tipo de régimen y explorar mejor otras posibles explicaciones.

Este estudio tiene limitaciones que merecen ser mencionadas. En primer lugar, no analizo el nivel de consenso entre las élites político militares de la facción más poderosa durante el desarrollo de la conflagración. Tampoco tomo en consideración el grado de sobre-extensión de las fuerzas armadas de la gran potencia durante el conflicto. Por último, no efectúo un estudio sobre la prioridad de los intereses defendidos por la facción más fuerte en comparación con la determinación de sus enemigos para combatir.

<sup>3</sup> Las cifras se muestran en precios constantes y tazas de cambio de 1980. (SIPRI 1983)



El método que utilizo consiste en evaluar dos hipótesis derivadas de los estudios existentes mediante el análisis comparado de dos estudios de caso sobre guerras asimétricas. Para ello empleo el método de *process tracing* con el fin de establecer los mecanismos que dieron como resultado el desenlace de cada uno de los conflictos que son investigados. *Process tracing* es un procedimiento para hacer deducciones sobre los procesos causales que intervienen entre las variables dependiente e independiente cuando no se posee información estadística suficiente. El método consiste en analizar datos sobre los mecanismos causales, los sucesos y eventos que intervienen y vincular las causas

aparentes a los efectos observables para delimitar las causas potenciales de un fenómeno. Este método se distingue de la narrativa histórica, en tanto que la convierte en una explicación analítica respaldada por variables teóricas previamente identificadas en el diseño de investigación. Esto resulta particularmente útil, ya que permite vincular caminos causales alternativos al mismo resultado, y resultados alternativos a un mismo factor causal (George y Bennet 2005).

Es importante señalar que mi estudio no está fundado en una perspectiva completamente experimental de la historia, ya que no se basa en la premisa de que existe un modelo general aplicable al conjunto de las guerras asimétricas que permita explicar o prever el desenlace de un enfrentamiento armado de dicha naturaleza. Por el contrario, parto del supuesto de que cada guerra asimétrica, por ser un fenómeno de naturaleza enteramente social, posee una estructura única e irrepetible (Sewell 2005). Por ello, a pesar de emplear dos hipótesis provenientes de propuestas teóricas sobre las causas de la derrota de las grandes potencias, no considero que dichas propuestas posean implicaciones homogéneas entre un conflicto y otro (Büthe 2002). Mi único objetivo es descubrir si dichas hipótesis permiten entender los procesos que llevaron a la culminación de dos conflagraciones específicas, asumiendo de inicio que la comparación únicamente permite iluminar los sucesos que se produjeron en un conflicto mediante la información encontrada en el otro. No pretendo encontrar una causa que pueda ser empleada como herramienta explicativa para entender cada derrota de las grandes potencias en guerras asimétricas (Collier 2005).

La información empleada en esta investigación proviene esencialmente de datos históricos recopilados en fuentes secundarias. Para establecer las causas que llevaron al resultado específico de dos guerras entre grandes potencias y entidades con capacidades

militares inferiores, recopilé material histórico sobre cada estudio de caso en el que se describe la forma en que se desarrollaron los sucesos y la dinámica de los procesos que conllevaron al resultado final de cada una de las conflagraciones. Concretamente, se busca evidencia para mostrar que, en mis estudios de caso, el tipo de interacción estratégica y el nivel de ayuda externa recibida por la facción menos poderosa influyeron en el resultado del conflicto. Asimismo, es necesario determinar cuál de estos dos factores intervino de manera más determinante en la forma en que terminó el conflicto.

### **III. La intervención soviética en Afganistán**

#### *A. Condiciones antecedentes*

El 17 de julio de 1973, tras un reino de 39 años, el monarca de Afganistán Mohammed Zahir Shah fue depuesto por su primo, Sardar Mohammed Daoud Khan con el respaldo de Nur Muhammad Taraki, líder del Partido Marxista Democrático Popular. Daoud puso fin a la monarquía y se autoproclamó presidente (Monks 1981). En abril de 1978, tras el asesinato de Daoud, Taraki ascendió al poder y fundó la República Democrática de Afganistán. Poco después, comenzó a establecer una serie de reformas radicales de naturaleza comunista, estas medidas fueron mal recibidas por la población, y el país quedó sumergido en una sangrienta guerra civil. En septiembre de 1979 Taraki fue asesinado y reemplazado por uno de sus rivales dentro del partido comunista, Hafizullah Amin, quien inició una serie de purgas y represiones masivas que resultaron en un incremento de la violencia en el país. En poco tiempo, 22 de las 27 provincias de Afganistán se encontraron en manos de rebeldes hostiles al régimen comunista (Monks 1981).

La decisión soviética de intervenir en Afganistán respondió a cuatro motivos. En primer lugar, el gobierno de la URSS consideraba conveniente, por cuestiones de seguridad, mantener regímenes aliados en sus fronteras. En segundo lugar, el fortalecimiento de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), el acercamiento entre China y Estados Unidos, la amenaza de despliegue de misiles balísticos estadounidenses de mediano alcance en Europa Occidental, la revolución iraní, el emplazamiento de tropas estadounidenses en Arabia Saudita, el tratado de no agresión

firmado entre Egipto e Israel, la invasión de China a Vietnam y el traslado de naves de combate estadounidenses al Golfo Pérsico, entre otros incidentes, endurecieron la postura de algunos líderes soviéticos quienes sintieron la necesidad de reafirmar el poderío y la determinación de la URSS (Mendelson 1998).

En tercer lugar, el establecimiento de un régimen islamista en Afganistán habría desestabilizado las repúblicas soviéticas de Asia central en las que existía una fuerte presencia musulmana con fuertes vínculos hacia las etnias afganas. Por último, abandonar al régimen comunista afgano habría desprestigiado a la Unión Soviética, mermado su credibilidad entre sus aliados, reducido su presencia en Asia y fortalecido a sus enemigos (Monks 1981).

### *B. Interacción estratégica*

El 25 de diciembre de 1979, el cuadragésimo ejército bajo el mando del Mariscal de la Unión Soviética, Sergei Leonidovich Sokolov, cruzó la frontera internacional con Afganistán con una fuerza de aproximadamente 50,000 elementos. De esta manera comenzó la primera fase del conflicto que se extendió hasta febrero de 1980. El grueso del ejército penetró por tierra y avanzó desde el norte por la carretera principal hacia el este y el oeste del país. El resto de las fuerzas fueron insertadas mediante un puente aéreo que atravesaba el país formando una diagonal que comenzaba en la frontera noroccidental y se extendía hasta la ciudad de Kabul. Poco después de la llegada del ejército soviético a esta ciudad Hafizullah Amin fue ejecutado y reemplazado por Babrak Karmal (Kakar 1995).

La entrada del cuadragésimo ejército fue muy mal recibida por la población y muchas regiones se dieron a la tarea de organizar la resistencia de manera autónoma, sin

coordinación o apoyo por parte de otros movimientos insurrectos. La ofensiva de las tropas soviéticas fue enfrentada directamente por los rebeldes, quienes intentaron frenar el avance del cuadragésimo ejército mediante combate posicional. Esto representó una gran ventaja para las tropas soviéticas, quienes no evadieron el combate. En poco tiempo, el poderío de la maquinaria de guerra del ejército rojo aplastó las posiciones rebeldes. Durante esta etapa del conflicto, los soviéticos establecieron sus bases principales y aseguraron muchos puntos estratégicos importantes.

La segunda fase del conflicto se extendió desde marzo de 1980 hasta abril de 1985. Durante este periodo el número de tropas soviéticas en Afganistán se elevó hasta 81,800 efectivos, mientras que la RDA conformó un ejército de aproximadamente 318,200 elementos. Por su parte, el número de fuerzas muyahidín osciló entre 45,000 y 150,000 combatientes. Esta etapa de la guerra fue la más activa en términos de los combates librados entre las fuerzas de la Unión Soviética y las tropas insurgentes; también fue la más sangrienta y destructiva.

Después de la exitosa invasión del territorio afgano por parte del cuadragésimo ejército, las fuerzas muyahidín quedaron prácticamente diezmadas, sus bases fueron destruidas, sus pérdidas materiales fueron elevadas y muchos de sus integrantes fueron capturados o aniquilados. Las fuerzas restantes se vieron obligadas a esconderse entre la población, a escapar hacia las montañas o a cruzar las fronteras en busca de refugio en territorio chino, iraní o pakistaní. Sin embargo, los comandantes de los movimientos insurgentes aprendieron una valiosa lección: un ejército militarmente inferior no puede alcanzar la victoria enfrentándose a su contrincante en los términos que éste determine, y durante los siguientes cinco años, explotaron hábilmente el conocimiento adquirido mediante este doloroso proceso de aprendizaje.



A partir de mediados de 1980, los muyahidín reorientaron su estrategia; en vez de intentar bloquear el avance o la ocupación soviética desafiando directamente a los combatientes del cuadragésimo ejército con el fin de eliminar sus capacidades materiales de combate, buscaron infligir costos a las fuerzas de ocupación y a las tropas contrainsurgentes mediante la conducción de una guerra de desgaste que permitiera mermar la voluntad de la facción intervencionista sin exponer a los rebeldes a la capacidad destructiva de la maquinaria militar soviética. Con este fin, los destacamentos muyahidín aprendieron a valerse de las ventajas que ofrece un terreno difícil. Asimismo, aprendieron a explotar las debilidades del ejército soviético.

Uno de los problemas más importantes a los que tuvo que enfrentarse el cuadragésimo ejército durante esta fase del conflicto fue el pequeño número de efectivos del que dispuso para efectuar la difícil tarea de eliminar el movimiento insurgente y pacificar el territorio afgano. En un país con una superficie de 655,000 km<sup>2</sup> (lo equivalente a la suma de los territorios de Francia, Holanda, Bélgica y Dinamarca) que poseía 3,073 kilómetros de frontera compartida con países hostiles a la Unión Soviética y cuyo terreno se compone principalmente de montañas, cañones y desiertos, una fuerza de 81,800 efectivos resultaba insuficiente para ejercer un control efectivo sobre la población y el terreno.<sup>4</sup> Por lo tanto, las fuerzas soviéticas tuvieron que limitarse a mantener una presencia constante, aunque no necesariamente fuerte, en los principales centros urbanos, sobre la autopista principal del país, en otras vías de transporte importantes, en algunos puntos estratégicos dentro del territorio y a lo largo de las fronteras.

---

<sup>4</sup> Para ilustrar este argumento vale la pena mencionar que, durante la guerra de Vietnam, un país con una superficie de 331,690km<sup>2</sup>, el gobierno estadounidense llegó a desplegar más de 500,000 efectivos. En 2007 los ejércitos de la coalición mantuvieron una fuerza de 177,000 soldados en Irak, un país cuya superficie es de 438,317km<sup>2</sup>. Durante el mismo año el número de tropas de la Organización del Tratado del Atlántico Norte desplegadas Afganistán fue de 35,000 efectivos.

El resto del territorio, es decir aproximadamente el 80% de la superficie de Afganistán, se encontraba fuera del control directo de las fuerzas soviéticas, lo que representó una gran ventaja para los partidos muyahidín, ya que les permitió extender su influencia y control sobre las provincias internas del país. Asimismo, les garantizó el acceso a un vasto santuario territorial y a un flujo casi ininterrumpido de recursos y reclutas provenientes de los poblados rurales que, en su mayoría, apoyaban al movimiento insurgente. Para ejercer una ocupación efectiva sobre la totalidad del territorio afgano, que permitiera controlar a la población y asfixiar poco a poco a los grupos muyahidín (privándolos de su capacidad de acción y golpeando su voluntad para continuar el conflicto) la URSS habría tenido que destinar mucho más recursos y personal a la causa, lo que habría incrementado ampliamente los costos de la intervención (Russian General Staff 2002).

Otro de los factores que limitaron la efectividad de las fuerzas de ocupación en Afganistán fue la naturaleza del ejército soviético. Durante la Segunda Guerra Mundial, el ejército rojo se organizó y se preparó para luchar una guerra convencional a gran escala. En las décadas posteriores, la amenaza de guerra contra Estados Unidos y las potencias de Europa occidental o la República Popular China orientó la organización y el entrenamiento de las fuerzas soviéticas y las moldeó de tal forma que estuvieran preparadas para luchar un conflicto en el que la rapidez, la tecnología y el poder destructivo del armamento desempeñaran un papel decisivo. Asimismo, los ejércitos del Pacto de Varsovia capacitaron a sus oficiales para que sobresalieran en el arte operacional y prestaran menos atención a los aspectos tácticos del combate.<sup>5</sup>

---

<sup>5</sup> El nivel operacional de comando es aquel en el cual se coordinan las tácticas de combate con los objetivos de la estrategia.

Consecuentemente, en Afganistán, los comandantes del cuadragésimo ejército pusieron en práctica su entrenamiento y lucharon contra los muyahidín como lo hubieran hecho en contra de las tropas chinas o de la República Federal Alemana, y como lo hicieron contra los húngaros en 1956, y contra los checoslovacos en 1968. El comando del ejército soviético organizó un gran número de operaciones en las que participaron regimientos motorizados enteros, y en los que la aviación y la artillería desempeñaron papeles centrales. Sin embargo, coordinar planes de esta naturaleza contra pequeños destacamentos rebeldes, que por lo general no sobrepasaban los 200 combatientes resultaba enormemente costoso y, en términos generales, los resultados nunca eran satisfactorios, ya que la guerra en Afganistán fue un conflicto en el que el nivel de planificación táctico resultaba muy importante. Para luchar contra un adversario pequeño y escurridizo, como los ejércitos muyahidín, era necesario prestar mayor atención a los detalles y organizar los ataques minuciosamente, enfocándose en los niveles más bajos de la planificación. Lanzar operaciones contra los grupos insurgentes casi siempre fue como tratar de matar un mosquito con un rifle de asalto.

Por su parte, las distintas facciones rebeldes aprendieron a aprovechar sus puntos fuertes y a explotar las debilidades del bando enemigo. En primer lugar, los insurgentes abandonaron sus tácticas iniciales y dejaron a un lado la guerra posicional en favor de un tipo de combate basado en las maniobras y en el factor sorpresa. Desde mediados de 1980, los muyahidín dejaron de enfrentarse directamente a las fuerzas soviéticas y de aferrarse a la defensa de sectores territoriales extensos. Los destacamentos rebeldes casi nunca llevaron a cabo ofensivas de gran escala contra las posiciones soviéticas y, por regla general, sólo recurrían al combate convencional para defender sus 18 bases de suministros más importantes, para impedir que sus caravanas cayeran en manos del enemigo o cuando

se encontraban acorralados por fuerzas hostiles. Fuera de estas circunstancias especiales, los muyahidín no ofrecían resistencia ante un enemigo con superioridad numérica o tecnológica.

Habitualmente, las tácticas de los grupos insurgentes se enfocaron en realizar emboscadas, sabotajes y actos terroristas contra sus contrincantes o quienes los apoyaban. En una emboscada, los combatientes rebeldes realizaban tareas de observación y colocaban a sus hombres en posiciones ventajosas. Una vez que establecían contacto con el adversario, varios pequeños grupos muyahidín abrían fuego durante poco tiempo con rifles de asalto, lanzacohetes y rifles de francotirador contra los oficiales enemigos, los vehículos más vulnerables y las tropas menos guarecidas. Posteriormente se retiraban tras una barrera de artillería y ráfagas provenientes de ametralladoras DShK. Para evitar ser perseguidos, colocaban minas en puntos estratégicos que cubrían su ruta de escape. Tras el ataque, los combatientes buscaban refugio en los cañones, montañas o poblados más cercanos.

Los sabotajes se desarrollaban de manera similar a las emboscadas, pero los objetivos no eran unidades de combate sino instalaciones civiles y militares estratégicas como oficinas gubernamentales, gasoductos, estaciones de radio, aeropuertos, hoteles, salas de cine, secciones de autopistas, generadores eléctricos o puestos de vigilancia. Los grupos terroristas actuaban de modo diferente. Por lo general recibían un entrenamiento especial y operaban en grupos pequeños de tres a cinco integrantes. Una vez seleccionado su objetivo, destinaban varias semanas a la planificación de su método y al entrenamiento. Generalmente buscaban eliminar personal del gobierno o agentes de la Unión Soviética.

Las tácticas empleadas por los soviéticos para destruir a los muyahidín fueron poco efectivas y generaron muchas pérdidas, tanto humanas como materiales. Los grupos insurgentes se negaban a pelear una guerra de posiciones, y los soviéticos no disponían del

número de tropas suficiente para controlar el territorio, por lo que su labor principal consistió en buscar y eliminar al enemigo. Esto resultaba muy complicado, ya que los muyahidín se confundían fácilmente entre la población no combatiente. Los agentes de la RDA y la URSS se veían forzados a realizar arduas labores de inteligencia para localizar grupos de combatientes, bases, bodegas, emplazamientos de combate o cuarteles de los comités islámicos sin que la información se filtrara a través de las redes de informantes leales a los muyahidín (Russian General Staff 2002).

Una vez obtenida la información, los comandantes soviéticos enviaban tropas al encuentro del adversario. Sin embargo, el poco entrenamiento de los oficiales en materia de contrainsurgencia, así como la naturaleza inadecuada del equipo, generaban fallas importantes en la conducción de estas maniobras. En muchas ocasiones, la necesidad de los oficiales soviéticos de planificar y poner en marcha ataques centrados en la potencia de fuego y la velocidad daba como resultado ataques poco sigilosos en los que el movimiento de tropas soviéticas era descubierto por el enemigo con mucha anticipación, lo que le permitía evacuar a sus combatientes o colocar posiciones de emboscada en puntos estratégicos. Asimismo, las fuerzas de la URSS no destinaban suficiente tiempo al reconocimiento de las zonas y se apresuraban a entrar en combate, por lo que frecuentemente eran sorprendidos por obstáculos y campos minados.

Periódicamente, los comandantes del cuadragésimo ejército ordenaban ataques aéreos, prolongados bombardeos con artillería y misiles R-300 Elbrus sobre las posiciones enemigas antes de enviar tropas al combate. En general, esto resultaba contraproducente, ya que alertaba a los soldados rebeldes sobre las intenciones soviéticas y les permitía evacuar sus posiciones antes de que llegara el enemigo. En muchas ocasiones, los muyahidín se alejaban de su ubicación inicial durante los ataques con artillería enemiga y regresaban

después para emboscar a las incautas tropas soviéticas que sólo esperaban encontrar cadáveres y escombros en el área del bombardeo. Los insurgentes casi nunca atacaban a sus adversarios a menos que se encontraran a una distancia suficientemente corta para imposibilitar el uso de artillería o aviación en su contra.

Cuando los soviéticos empleaban ataques aéreos o artillería sobre objetivos ubicados en poblados civiles, las pérdidas humanas y materiales sufridas por la población no combatiente eran extensas. En ocasiones, el comando de la fuerza de ocupación ordenó la eliminación de cosechas, ganado o bodegas de suministros en poblados cuyos habitantes brindaban ayuda al movimiento insurgente. Este tipo de acciones acrecentó el odio de la población hacia el ejército invasor y nutrió las filas de los muyahidín con nuevos y motivados efectivos.

Con el tiempo, algunos oficiales del cuadragésimo ejército comenzaron a emplear tácticas más refinadas y efectivas. Una de ellas consistía en localizar concentraciones de rebeldes, bloquear en secreto todas sus posibles rutas de escape con unidades *Spetsnaz* y lanzar una ofensiva en su contra. Otra se enfocaba en localizar las caravanas de suministros de los insurgentes y emboscarlas en puntos estratégicos. Las fuerzas de la URSS también intentaron bloquear las rutas de acceso de los muyahidín a los santuarios en Pakistán e Irán. Todas estas tácticas fueron concebidas para interceptar a los insurgentes en circunstancias en las que se vieran forzados a entrar en combate directo contra las fuerzas soviéticas y tuvieran que luchar en los términos que éstas determinaran. Sin embargo, fueron pocos los comandantes que tuvieron la imaginación y la iniciativa necesarias para implementar este tipo de ataques (Russian General Staff 2002).

Los oficiales soviéticos más competentes en la guerra de Afganistán aprendieron técnicas de contrainsurgencia relativamente eficaces y supieron adaptarse a las condiciones

impuestas por el terreno y la naturaleza del enemigo. Sin embargo, los periodos de rotación les impedían operar en el campo de batalla por periodos prolongados. La mayoría de los comandantes, especialmente los menos experimentados, no logró sopesar las desventajas propias al entrenamiento y equipo que se les proporcionaba. Tampoco supo explotar los puntos débiles de los insurgentes, por lo que se limitó a poner en práctica las mismas tácticas ineficientes una y otra vez. Esto se debió en parte a la fuerte carga de adoctrinamiento político inherente a los programas de formación de los ejércitos soviéticos, que imponían una visión estrecha del mundo, de la naturaleza del enemigo y de cómo éste debía ser enfrentado.

Para abril de 1985, los costos políticos y económicos de la guerra eran exageradamente elevados. Los niveles de destrucción y de pérdidas humanas eran muy altos, y el descontento dentro de los sectores moderados del gobierno se hacía cada vez más evidente. Para muchos miembros del partido, el conflicto en Afganistán era un “fenómeno dañino, impuesto sobre el país por un puñado de políticos ancianos”. Con el cambio de liderazgo en la dirección del partido comunista salieron a la luz las inconformidades en el seno del Politburó, y se incrementaron las presiones, tanto internas como en el extranjero, para que se encontrara una solución al conflicto. Por ello, Mikhail Sergeyevich Gorbachev impulsó el establecimiento de un tiempo límite para que las fuerzas armadas alcanzaran la derrota de los muyahidín. Así comenzó la tercera fase del conflicto que se extendió hasta enero de 1987 (Mendelson 1998).

Durante la primera parte de este periodo, el personal del ejército soviético en Afganistán se elevó a 108,800 elementos. También se incrementó considerablemente el número de tanques, transportes blindados de personal, helicópteros Mi-24 y aviones de combate. Sin embargo, tras cinco años de intensa lucha contra los muyahidín, las élites

militares de la URSS se percataron de que el tamaño del cuadragésimo ejército seguía siendo insuficiente para sofocar al movimiento rebelde, y de que la prolongación de las operaciones de combate únicamente incrementaría el ya de por sí elevado número de bajas soviéticas. Por lo tanto, durante este periodo, la acción de las fuerzas de ocupación en Afganistán se orientó a garantizar la seguridad de los convoyes, proteger las líneas de comunicación y resguardar instalaciones estratégicas. El grueso del combate fue puesto en manos de las fuerzas de la RDA, mientras que los soviéticos se limitaron a proveer apoyo aéreo, fuego de artillería y protección para los flancos de las fuerzas gubernamentales afganas (Russian General Staff 2002).

Sin embargo, a pesar de los esfuerzos del gobierno afgano, las fuerzas armadas de la República Democrática de Afganistán siguieron siendo poco confiables e ineficaces. El número de desertiones era elevado, los jóvenes evitaban a toda costa ser reclutados y muchos de los soldados trabajaban como agentes dobles para los muyahidín. De hecho, en este punto de la guerra muchos campesinos se transformaron en combatientes de tiempo completo. Operar en el movimiento insurgente dejó de ser una actividad secundaria y se transformó en un estilo de vida. Los muyahidín aprovecharon la disminución en las operaciones de combate por parte de la Unión Soviética para extender su influencia en las provincias y robustecer sus filas con nuevos luchadores (Dorrnsoro 2000).

A mediados de 1986 aún no se vislumbraba una solución al conflicto, por lo que los líderes en el Kremlin comenzaron a darse por vencidos. A pesar de la censura y de la naturaleza autoritaria del régimen, el sistema de rotación de personal tuvo un efecto inesperado. Cuando se encontraban de nuevo en la URSS, muchos jóvenes relataban sus experiencias en Afganistán y las atrocidades cometidas en el conflicto. Esto generalizó el descontento entre la población soviética e incrementó las presiones para terminar el

conflicto, por lo que el gobierno retiró 15,000 efectivos, 53 tanques y 200 vehículos de transporte blindados, y en diciembre del mismo año decidió retirar el resto de sus tropas de Afganistán (Russian General Staff 2002).

La última fase del conflicto se extendió de enero de 1987 a febrero de 1989, durante este periodo, las fuerzas de la Unión Soviética prepararon su retirada y prácticamente no hubo acciones de combate. Los soviéticos adoptaron una postura pasiva y casi nunca enfrentaron al enemigo más que en defensa propia. La salida del cuadragésimo ejército se produjo en dos etapas: la primera comenzó en mayo y terminó en agosto de 1988; en este periodo se evacuó la mitad del ejército. Entre noviembre de 1988 y febrero de 1989, durante la segunda etapa, se retiraron las tropas restantes. La guerra cobró la vida de aproximadamente 26,000 soviéticos y 1,300 000 afganos. Además, 5,500 000 personas huyeron del país y 2,000 000 fueron desplazados en el interior (Kakar 1995).

### *C. Apoyo externo*

Uno de los factores más importantes que conllevaron a la victoria del movimiento muyahidín sobre las fuerzas de la Unión Soviética fue el papel desempeñado por Pakistán durante el conflicto. Con los incrementos de inestabilidad y violencia en Afganistán, muchas familias se vieron forzadas a abandonar sus hogares para buscar refugio tras las fronteras pakistaníes. Durante la experiencia comunista en Afganistán millones de desplazados penetraron en territorio pakistaní y se instalaron en campos de refugiados a lo largo del país.

La mayoría permaneció en los territorios administrados desde la ciudad de Peshawar. Para Pakistán, estos refugiados representaban una serie de complicaciones

político-administrativas. Sin embargo, el gobierno pakistaní simpatizaba con su causa, ya que casi todos se oponían al régimen comunista y a la intervención soviética en su país. Pakistán era hostil a la URSS. Su líder, el general Muhammad Zia-ul-Haq, había promovido un fuerte acercamiento con el gobierno estadounidense, lo que enfrió aún más sus relaciones con el bloque comunista.

Para Pakistán, la intervención soviética en Afganistán representaba una gran amenaza en términos de seguridad internacional, ya que implicaba que el territorio pakistaní se encontraría flanqueado tanto al este como al oeste por dos de sus peores enemigos: India y la URSS. En caso de un enfrentamiento contra alguna de estas dos potencias, Pakistán habría visto seriamente limitada su capacidad de combate y, en la eventualidad de un conflicto simultáneo con ambas, se habría encontrado en una situación casi insostenible.

Por ello, el gobierno de Zia-ul-Haq decidió colaborar de manera cercana con el movimiento insurgente de Afganistán permitiendo el libre tránsito de los muyahidín a través de la frontera, proporcionando información y suministrando apoyo armamentístico a los rebeldes. Sin embargo, el apoyo de Pakistán a los insurgentes no habría sido ni remotamente semejante al que se produjo durante el conflicto sin la participación de la superpotencia occidental.

Para Estados Unidos, la intervención soviética en Afganistán representó a la vez un suceso amenazador y una oportunidad para debilitar al bloque comunista. En Washington, la invasión soviética y la revolución iraní fueron percibidas como manifestaciones de una rápida transformación del contexto en el sudoeste asiático. Estados Unidos consideró que estaba perdiendo el control sobre esta región estratégica del mundo, especialmente importante por su concentración de recursos energéticos. Además, percibió la creciente

intromisión del Kremlin en los asuntos internos de Afganistán como una muestra innegable del endurecimiento del liderazgo soviético (Monks 1981).

Para Estados Unidos resultaba evidente que la Unión Soviética no estaba respondiendo de manera positiva a la política de *détente*, por lo que resultaba necesario abandonarla y adoptar de nuevo una postura fuerte que dejara en claro los límites de la tolerancia occidental y la determinación estadounidense en lo concerniente a la defensa de sus intereses. Para el presidente James Earl Carter, era indiscutible que su gobierno debía continuar con sus políticas de acercamiento a la República Popular China y de imposición de sanciones económicas en contra de la URSS. Sin embargo, era también incuestionable que si se deseaba poner un freno a la ejecución de los diseños soviéticos en Afganistán y en otras esferas de la arena internacional, resultaría necesario emprender acciones mucho más enérgicas. En otras palabras, Estados Unidos no podía pasar por alto los sucesos en Afganistán como lo hizo en Hungría y en Checoslovaquia (Russian General Staff 2002).

En la arena diplomática, el presidente Carter condenó reiteradamente la intervención soviética, a la que señaló como la mayor amenaza a la paz desde la Segunda Guerra Mundial. Asimismo, su gobierno incrementó las sanciones comerciales contra la URSS en productos agrícolas y promovió un boicot a los Juegos Olímpicos de 1980, que tuvieron sede en Moscú. El poder de veto del que gozaban los soviéticos en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas imposibilitó cualquier acción a través de esta instancia. Sin embargo, se impulsaron varias resoluciones en la Asamblea General que deploraron el proceder soviético y solicitaron un cese a la intervención. En enero de 1980, la resolución 6172 de la Asamblea General demandó un retiro absoluto de las tropas extranjeras en Afganistán. La resolución fue aprobada por 104 votos (18 delegaciones se abstuvieron y 18 votaron en

contra). Otros foros internacionales, como la Organización de la Conferencia Islámica, también condenaron el conflicto.

Por otra parte, el presidente Carter y la Agencia Central de Inteligencia prepararon un plan para efectuar transferencias masivas de apoyo al movimiento muyahidín a través de Pakistán. Este plan se efectuó en coordinación con los servicios de inteligencia pakistaníes y tuvo por nombre Operación Ciclón. Con el arribo de Ronald Wilson Reagan a la presidencia, los niveles de apoyo a la insurgencia afgana se incrementaron ampliamente.

Una de las principales contribuciones que la alianza entre Pakistán y las potencias del bloque occidental aportó al movimiento muyahidín fue la estructuración de la resistencia en un cuerpo relativamente organizado. Como se mencionó anteriormente, en los primeros meses de la conflagración, la resistencia a los invasores se conformó por un conjunto de pequeños movimientos autónomos y aislados comandados por líderes locales. Estos movimientos no estaban coordinados, ni cooperaban entre sí. De hecho, algunos de estos grupos luchaban entre sí a la vez que lo hacían contra la potencia invasora (Russian General Staff 2002).

Mediante arduos esfuerzos y años de trabajo, los servicios de inteligencia de Pakistán y Estados Unidos lograron organizar la resistencia mediante siete partidos islámicos conocidos como los Siete de Peshawar: el Partido Islámico, liderado por Emir Gulbuddin Hikmatyar; la Sociedad Islámica, dirigida por Burhanuddin Rabbani; el Partido Islámico, comandado por Mawlawi Mohammed Yunis Khalis (cabecilla de los Talibán); la Unión Islámica para la Liberación de Afganistán, liderada por Abd Al-Rab Abdul-Rassul Sayaf; el Frente de Liberación Nacional de Afganistán, dirigido por Sebqhatullah Mojadeddi, el Movimiento Revolucionario Islámico, fundado por Mohammad Nabi Mohammadi, y el Frente Nacional Islámico de Afganistán creado por Pir Sayed Ahmad

Gailani. Cada uno de estos partidos organizó comités en distintas regiones de Afganistán. Estos organismos tenían la tarea de movilizar a la población, planificar el combate y canalizar los recursos desde Pakistán hasta los destacamentos muyahidín en las zonas de operación (Dorronsoro 2000).

Además de organizar el movimiento muyahidín, el gobierno de Estados Unidos y sus aliados se encargaron de entrenar a los insurgentes y de formar a sus comandantes de tal forma que se pudieran efectuar misiones de combate de manera profesional y efectiva. Durante el conflicto se establecieron centros, campos y escuelas de entrenamiento para los combatientes muyahidín. Los comandantes del movimiento insurgente asistían a las escuelas de oficiales de ejército pakistaní. Además, se establecieron 78 campos para entrenar a los combatientes en la ejecución de maniobras de combate, sabotaje, reconocimiento y uso de armas pequeñas, morteros, baterías antiaéreas y sistemas de comunicación. Los instructores en estos centros eran oficiales del ejército pakistaní y asesores militares de Estados Unidos, Francia, Arabia Saudita, Egipto y Japón. Asimismo, se instalaron siete centros de adiestramiento militar en territorio egipcio (Russian General Staff 2002).

El papel desempeñado por Reino Unido en esta tarea también fue muy importante. Tras la derrota del ejército argentino en la guerra de las Malvinas y la consolidación del gobierno de Margaret Hilda Thatcher, el fortalecimiento de la relación especial entre el gobierno británico y Estados Unidos facilitó el envío de unidades del Special Air Service e integrantes del MI6 a Pakistán. La capacidad total de los centros de entrenamiento para los

muyahidín era de 50,000 alumnos y 15,000 instructores, que formaban aproximadamente 3000 combatientes por mes en las artes del terrorismo y el sabotaje.<sup>6</sup>

Al iniciar el conflicto, muchos combatientes rebeldes luchaban con armas obsoletas fabricadas durante la Primera o la Segunda Guerra Mundial. Estas armas resultaban poco efectivas contra las formaciones soviéticas equipadas con blindaje y modernos rifles de asalto. Con el tiempo, los muyahidín adquirieron armamento más moderno despojando a sus víctimas y efectuando redadas contra guarniciones poco protegidas. Sin embargo, este tipo de operaciones no bastaba para mejorar el equipo de los insurgentes a tal grado que pudieran rivalizar con las fuerzas soviéticas.

Una gran cantidad del armamento empleado por los muyahidín provino del apoyo suministrado por agentes externos. Sin embargo, para no develar la red de ayuda a la causa rebelde, era necesario que las armas entregadas a los insurgentes afganos fueran de fabricación soviética. Por ello, los dirigentes de la Operación Ciclón organizaron la adquisición de un gran arsenal soviético proveniente de varias naciones, entre las cuales se encontraba Israel.<sup>7</sup> De este modo, el equipo empleado por los muyahidín lució públicamente como material capturado por los combatientes rebeldes y no como armamento entregado directamente por los enemigos de la Unión Soviética (Crile 2003).

El gran número de rifles de asalto, rifles de francotirador, lanzacohetes, morteros, metralletas pesadas, minas y municiones empleadas por los combatientes contrarrevolucionarios durante el conflicto fue introducido al territorio afgano mediante pequeñas caravanas a través de pasos estratégicos en las porosas fronteras del país. En

---

<sup>6</sup> Estas cifras también incorporan el número de profesores, alumnos y egresados de los campos de entrenamiento en Irán y China.

<sup>7</sup> El gobierno israelí no simpatizaba con los partidos muyahidín, mayoritariamente hostiles a la existencia de Israel. Sin embargo, tampoco podía rehusarse a brindar apoyo a su principal aliado político y militar, especialmente cuando se trataba de debilitar al bloque soviético.

ocasiones, el armamento era entregado directamente a los combatientes en los campos de entrenamiento en el extranjero. De acuerdo con los relatos de los comandantes del cuadragésimo ejército, en las provincias colindantes con Pakistán, las tropas soviéticas eran atacadas ocasionalmente por fuego de artillería proveniente del territorio pakistaní. Asimismo, en las fases finales del conflicto, el gobierno estadounidense otorgó misiles antiaéreos FIM-92 Stinger a los muyahidín. Esto les permitió infligir más daño sobre los aviones y helicópteros soviéticos que se vieron obligados a volar más alto en detrimento de su efectividad (Russian General Staff 2002).

Los costos de este armamento no sólo eran sufragados por los gobiernos de los países simpatizantes con la causa muyahidín (o mejor dicho, hostiles a la causa soviética). Existían diversas asociaciones no gubernamentales que se ocupaban de recaudar y suministrar recursos al movimiento insurgente afgano. Southern California Aid to Afghan Refugees, Society for a Free Afghanistan, y Non-Official Committee for providing aid with weapons fueron algunos de estos organismos. Además de brindar armas y equipo a los rebeldes, también se destinaron muchos recursos al mejoramiento de las condiciones de vida de los muyahidín. Muchos insurgentes sabían que tendrían acceso al apoyo externo, siempre y cuando se mantuvieran en la lucha. Los combatientes recibían 1250 dólares por cada soldado soviético que eliminaran, 2500 por cada tanque u oficial y 5,000 por cada helicóptero destruido. En términos generales, la mayor parte de los recursos financieros fueron destinados a los partidos muyahidín más fundamentalistas, ya que eso garantizaba que no habría ningún tipo de negociación con las fuerzas de la URSS.

Para Irán, al igual que para el gobierno pakistaní, resultaba amenazante encontrar más fuerzas soviéticas en sus fronteras. Por otra parte, el gobierno islamista de Sayid Ruhullah Musawi Khomeini simpatizaba con los principios de varios grupos rebeldes

afganos. Por ello, a pesar de ser abiertamente hostil hacia Estados Unidos y a las potencias occidentales, el gobierno de Irán colaboró con los insurgentes e instaló once campos de entrenamiento para muyahidines en su territorio. Para frenar el flujo constante de material y personal entre Irán y Afganistán, el cuadragésimo ejército se vio forzado a establecer campos minados en gran parte de la frontera entre ambos países (Russian General Staff 2002).

El 14 de abril de 1988, los gobiernos de Afganistán, Pakistán, la Unión Soviética y Estados Unidos firmaron un acuerdo en Ginebra, en el que Pakistán se comprometió a dejar de suministrar apoyo a los rebeldes afganos. Irán no formó parte de este acuerdo, por lo que sus transferencias de recursos continuaron durante un periodo más prolongado.

Para la República Popular China, apoyar a grupos fundamentalistas islámicos en un país colindante resultaba poco atractivo. Al igual que en la Unión Soviética, la población china estaba compuesta por una minoría musulmana, por lo que parecía peligroso alimentar el movimiento muyahidín. Sin embargo, en el contexto en que ocurrió el conflicto, la URSS representaba una amenaza mucho mayor para China que los insurgentes afganos. Las tensiones entre la Unión Soviética y el gobierno chino habían aumentado notablemente durante los últimos años y se acentuaron aun más con el acercamiento de Beijing con Estados Unidos y el inicio de la invasión china a Vietnam. Por ello, los líderes chinos decidieron apoyar la rebelión muyahidín, con la esperanza de minar el poderío soviético así como su influencia en Asia y su capacidad de amenazar los intereses chinos. Durante el conflicto, China estableció seis campos de entrenamiento para los insurgentes afganos y proporcionó armas pequeñas y lanzacohetes a los combatientes rebeldes (Russian General Staff 2002).

El cuadragésimo ejército de la Unión Soviética era parte de una de las dos maquinarias de guerra más poderosas del mundo. Cuando sus fuerzas ocuparon el territorio afgano, sus líderes confiaban en que la preparación y tecnología soviética aplastarían fácilmente lo que parecía un grupo de campesinos desorganizados, sin equipo ni entrenamiento, que se encontraba diseminado a lo largo del país. Sin embargo, los ejércitos muyahidín resultaron ser un reto mucho más grande. Esto se debe principalmente a dos factores.

En primer lugar, los integrantes del movimiento insurgente supieron explotar las debilidades inherentes a las tácticas soviéticas y al equipo diseñado para llevarlas a cabo. En vez de desafiar directamente el poderío del cuadragésimo ejército, los insurgentes arrastraron a los soviéticos a una guerra de desgaste sin frentes ni enemigos definidos. Los muyahidín supieron preservar sus capacidades, evitar ser derrotados e infligir costos económicos, humanos y materiales sobre la fuerza de ocupación. Con el tiempo, esto fue mermando la voluntad de los líderes de la Unión Soviética, quienes no supieron abandonar sus tácticas convencionales y terminaron por aceptar que no serían capaces de encontrar una solución militar al conflicto.

Sin embargo, la tarea del movimiento insurgente habría sido mucho más complicada, si no es que imposible, de haber sido librado el conflicto sin el apoyo de poderosos aliados. El refugio territorial proporcionado por Irán, Pakistán y China desempeñó un papel muy relevante a lo largo de la conflagración. Asimismo, el entrenamiento y el equipo proporcionados por Estados Unidos, sus aliados y las potencias del mundo islámico hicieron posible la conducción de operaciones de combate organizadas y exitosas. A pesar de que el movimiento muyahidín alcanzó la victoria, el costo humano y económico necesario para obtenerla fue muy elevado. La intervención en Afganistán

también tuvo fuertes costos para la URSS. Se piensa que este conflicto desempeñó un papel importante en el colapso del bloque comunista y el fin de la Guerra Fría.

## **IV. La guerra de las Malvinas**

### *A. Condiciones antecedentes*

Cuando el general Leopoldo Fortunato Galtieri Castelli asumió el liderazgo sobre la Junta Militar en diciembre de 1981, Argentina se encontraba inmersa en una descontrolada crisis económica, el descontento social hacia el gobierno autoritario se hacía cada vez más perceptible y los principales objetivos en la agenda de política exterior no se habían alcanzado. En primer lugar, los incrementos en el poderío militar brasileño representaban una amenaza creciente al delicado balance de poder regional. Por otra parte, el fallo en favor de Chile en lo referente a la soberanía sobre Picton, Lennox y Nueva fue percibido como una muestra más de la incompetencia de la Junta en la conducción de los asuntos internacionales.<sup>8</sup> Por último, el largo y sinuoso camino diplomático recorrido por Buenos Aires en busca de un reconocimiento de su soberanía sobre las islas Malvinas parecía no llevar a ningún lado (Piñeiro 1992: 15-29).

Para Galtieri, la supervivencia de la Junta requería un aumento sustancial en el apoyo popular hacia el gobierno militar. Esto implicaba mostrar mejorías rápidas y contundentes en la situación del país. Resucitar la economía era un proceso lento y tortuoso que no necesariamente mostraría resultados inmediatos y que exigía el abandono del control militar sobre muchos de los sectores productivos del país, especialmente sobre el sector armamentista. Asimismo, superar las capacidades bélicas brasileñas demandaba

---

<sup>8</sup> En 1972 Chile y Argentina solicitaron a Reino Unido su mediación en el conflicto por el control sobre algunas islas a lo largo del canal Beagle. Londres conformó una corte internacional de cinco miembros para que decidiera sobre el asunto.

sigilo, tiempo y muchos recursos,<sup>9</sup> mientras que desafiar a Chile parecía poco prudente en lo inmediato, ya que el poderío castrense argentino todavía se encontraba en desarrollo, y los costos de un enfrentamiento armado contra las fuerzas chilenas resultarían muy elevados. Para la Junta, resultaba más conveniente esperar que las capacidades de negociación argentinas se incrementaran mediante el desarrollo de un gran arsenal convencional y la adquisición de armas nucleares. Curiosamente, el asunto irresuelto de las islas Malvinas parecía tener una solución rápida, impactante y muy efectiva para solucionar los predicamentos en los que se encontraba la administración argentina (Midlarsky 1989).

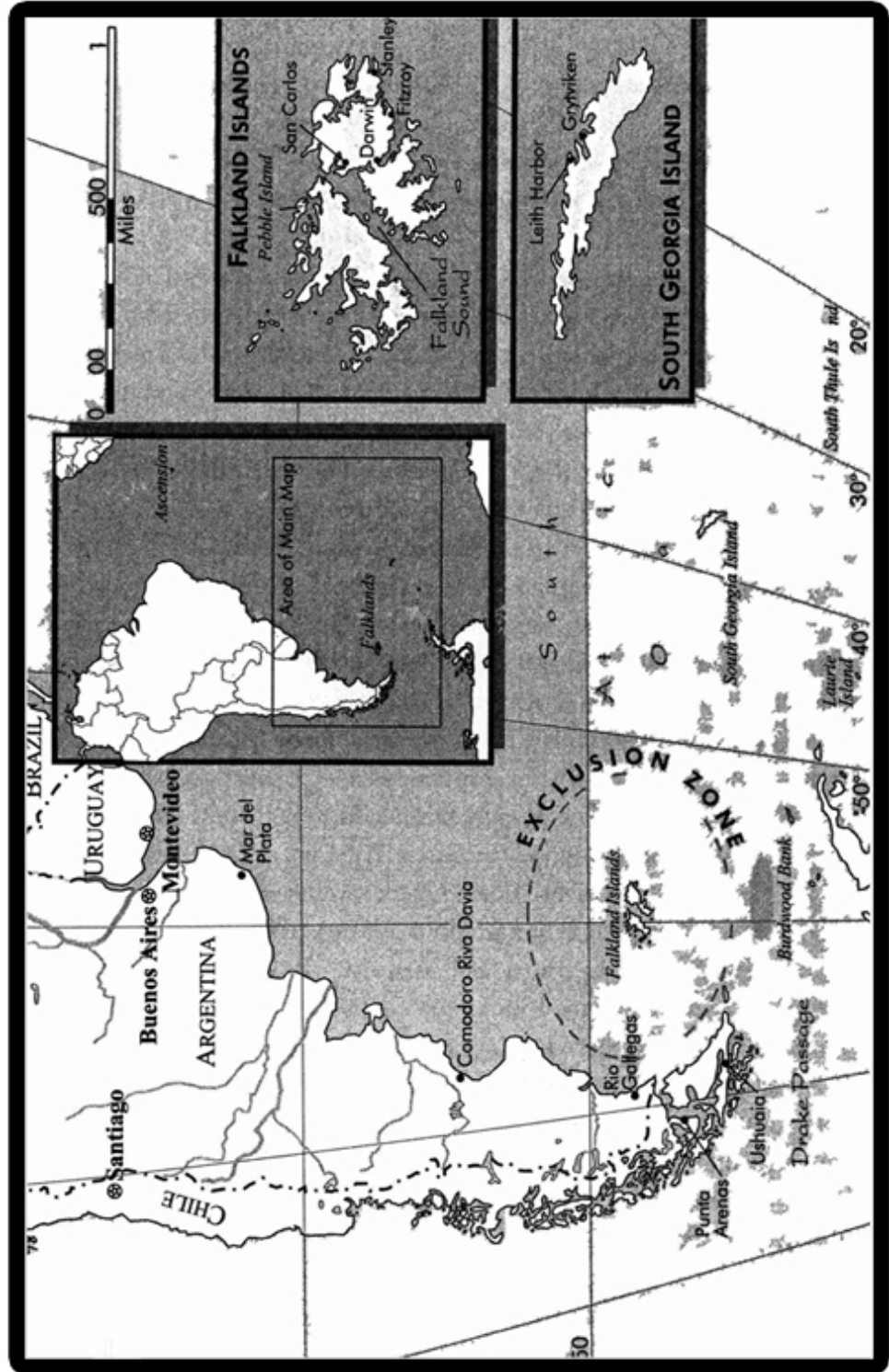
### *B. Interacción estratégica*

El presidente Galtieri y sus colaboradores consideraban que un plan para hacerse del control sobre las islas Malvinas podía dar resultado, siempre y cuando se llevara a cabo meticulosamente y con extrema precaución. Este plan permitiría al gobierno argentino tomar por sorpresa los territorios en cuestión, evitar un enfrentamiento directo con las fuerzas británicas y llegar a un arreglo favorable a los designios de la Junta. El éxito de este proyecto dependería por completo de dos factores estratégicos: el desgaste de la voluntad de Reino Unido para retomar el control sobre las Malvinas, y el apoyo internacional, particularmente del gobierno estadounidense. En los hechos, ninguno de estos dos elementos alcanzó a materializarse.

---

<sup>9</sup> La Junta había aprobado un programa secreto para desarrollar armas nucleares y misiles balísticos con el fin de imponer una hegemonía Argentina en el Cono Sur.

# ISLAS MALVINAS, SOUTH GEORGIA Y SOUTH SANDWICH (Thornton 1998)



El gobierno de Leopoldo Galtieri buscaba impedir el derrumbe del régimen militar argentino conquistando las islas Malvinas. Sin embargo, los miembros de la Junta sabían que, en caso de un enfrentamiento contra los ejércitos de Reino Unido, las capacidades de combate argentinas serían ampliamente superadas. Por este motivo resultaba de suma importancia encauzar el conflicto de tal forma que la interacción estratégica favoreciera al bando argentino. Concretamente, la estrategia de Galtieri consistía en evitar un enfrentamiento directo contra el ejército británico y, al mismo tiempo, mermar la voluntad de la administración de Margaret Thatcher para retomar el control de las islas, a sabiendas de que para Gran Bretaña resultaba mucho más sencillo refrendar su control sobre las Malvinas destruyendo las capacidades de combate argentinas que atacando su voluntad para aferrarse a estos territorios. ¿Cómo se alcanzaría este objetivo?

Para impedir que las fuerzas armadas del Reino Unido entraran en combate directo contra el aparato castrense argentino resultaba indispensable invadir las islas por sorpresa y hacerlo a finales de mayo de 1982, ya que el invierno en el Atlántico Sur inicia a principios de junio y sus efectos sobre el clima en la región son tan extremos que impiden por completo la realización de operaciones militares de gran escala, sean de naturaleza aérea o marítima, por un periodo de tres meses.

Durante este periodo, Argentina podría reforzar sus posiciones, incrementar sus capacidades de combate, defender su causa en la arena internacional y abogar por una solución pacífica al conflicto. Mientras tanto, al otro lado del Atlántico, el ya de por sí desprestigiado gobierno de Thatcher sucumbiría ante las presiones de los conservadores moderados quienes emplearían la ineptitud de la Primer Ministro en la conducción de la crisis para promover un cambio de gobierno e impulsar negociaciones con la Junta argentina. El plan de Galtieri parecía muy atractivo ya que, de haber dado resultado, habría

permitido la adquisición de la anhelada soberanía sobre las Malvinas, la consolidación del régimen militar y el aumento del poderío argentino. No obstante, el proyecto fallaría a causa de una traición dentro de las filas del propio ejército argentino.

Roberto Eduardo Viola Prevedini, sucesor de Jorge Rafael Videla Redondo y presidente de Argentina durante el periodo de marzo a diciembre de 1981, había sido destituido de manera intransigente por Galtieri y sus allegados en los altos mandos del gobierno. Además de sentir una profunda antipatía hacia Galtieri, Viola se oponía férreamente a sus propuestas políticas entre las cuales se encontraba la invasión a las islas Malvinas. Con el fin de impedir cualquier intento por invadir las islas y precipitar la caída del gobierno de su adversario, Viola empleó su posición y sus contactos dentro del ejército argentino para poner en marcha una ocupación de la isla South Georgia controlada por Reino Unido y administrada desde Stanley, capital de las islas Malvinas.

La sorpresiva invasión de South Georgia el 19 de marzo de 1982 fue interpretada como una acción deliberada de la Junta para retomar el control sobre todas las islas bajo control británico en el Atlántico Sur. Esto alertó a las autoridades en Londres, quienes comenzaron a tomar medidas para responder a un eventual ataque sobre las Malvinas. También eliminó el elemento sorpresivo, indispensable en el proyecto secreto de la Junta para tomar posesión de las islas al iniciar el invierno e impedir que las fuerzas armadas británicas pudieran montar una ofensiva para recuperar los territorios perdidos.

La crisis en South Georgia provocó un cambio radical en las circunstancias. Por un lado, la Junta sabía que su supervivencia dependía en gran medida de la toma de las Malvinas. Por el otro, tras el descubrimiento de las intenciones argentinas, las autoridades británicas fortificarían las islas, lo que elevaría demasiado los costos de una invasión (Costa 1993: 105-120). Sin embargo, ocupar los territorios antes de que los británicos pudieran

fortificarlos implicaba efectuar una invasión mucho antes del invierno. Esto modificaría inevitablemente la naturaleza de la interacción estratégica entre los contendientes y obligaría a los argentinos a luchar en los términos dictados por el ejército británico, lo que incrementaría sustancialmente las posibilidades de una derrota argentina.

De acuerdo con Arreguín-Toft, para que una interacción indirecta favorezca al actor débil, éste debe ganar tiempo e imponer costos al actor fuerte mientras evita, en la medida de lo posible, el enfrentamiento directo con las fuerzas del poderoso, quien busca destruir las capacidades físicas de combate de su enemigo. Sin embargo, para que este escenario se produzca, es necesario que los combatientes de la facción menos fuerte cuenten con santuario físico, santuario político y apoyo de la población.

En el caso de las Malvinas, un conjunto de islas cuya superficie no sobrepasa 12,173 kilómetros cuadrados, con una población de 1813 personas abrumadoramente pro británicas, el santuario y el apoyo más cercanos se encontraban a 483 kilómetros de distancia, en las costas de Argentina. La única manera de tener acceso a esta ayuda era mediante transporte aéreo o marítimo, y los costos logísticos de mantener una línea de suministros segura e ininterrumpida eran considerables. Para el ejército argentino, el único resguardo ante el poder destructivo de su contrincante eran los inconvenientes generados por las condiciones climáticas del Atlántico Sur. Para la Junta, existía sólo una solución verosímil: invadir las islas de modo prematuro y esperar que las fuerzas británicas no respondieran rápida y agresivamente. En caso de que lo hicieran, el ejército argentino debería resistir cuando menos lo suficiente para que llegara el invierno y los fuertes vientos, la marea y los glaciares obligaran a las fuerzas británicas a retirarse.

El 2 de abril de 1982, 48 días antes de lo previsto inicialmente, las fuerzas argentinas desembarcaron en las Malvinas. Cinco horas más tarde todo el territorio se

encontraba bajo su dominio (Joffre y Aguiar 1987: 33-37). Tres días después, bajo el comando del almirante Sir John Forster Woodward, las fuerzas británicas zarparon de Gran Bretaña con el propósito de recuperar las islas. La flota inicial contenía entre 20 y 36 embarcaciones de guerra, entre las cuales se encontraban los tres submarinos nucleares Conqueror, Spartan y Splendid. La Junta sabía que de no llegar a un acuerdo con el gobierno de Thatcher, el ejército argentino se vería envuelto en una conflagración en contra de una fuerza numéricamente inferior, pero con recursos, tecnología y capacidades destructivas abrumadoramente superiores. Además, Galtieri estaba consciente de que el Reino Unido podía atacar dentro de las fronteras continentales de Argentina, mientras que las islas británicas se encontraban perfectamente a salvo del otro lado del mar.

A pesar de encontrarse en desventaja frente al poderío del ejército británico, entrenado y organizado con el propósito de enfrentar a la maquinaria de guerra del Pacto de Varsovia, las fuerzas armadas argentinas probablemente constituían la mayor potencia militar en Latinoamérica. Sus filas contaban con 230,000 efectivos entre los cuales muchos habían adquirido experiencia de combate en las luchas anti guerrilleras. Además, las tres ramas de su aparato castrense conformaban una fuerza de 165 aeronaves de combate y 20 navíos de guerra.

Sin embargo, dicha fuerza tenía dos grandes desventajas que desempeñaron un papel importante en el desenlace del conflicto. En primer lugar, casi todo el equipo militar del que disponía era anticuado en comparación con el material de alta tecnología empleado por los ejército de Reino Unido. Esto le otorgó una ventaja cualitativa a las fuerzas británicas.

En segundo lugar, la ventaja cualitativa pudo ser contrarrestada de manera cuantitativa por el ejército argentino, sin embargo la mayor parte de sus fuerzas se

encontraban desplegadas a lo largo de las extensas fronteras con Chile y Brasil (enemigos que no podían ser ignorados, aún frente a la inminencia de la respuesta británica) o protegiendo otros puntos estratégicos dentro del territorio argentino. Esto impidió que la Junta hiciera un uso eficiente de su potencial numérico y que, en vez de enviar una fuerza de ocupación compuesta por soldados profesionales, despachara una conformada por 12,000 hombres, principalmente conscriptos, quienes no contaban ni con la motivación, ni con el entrenamiento necesarios para enfrentar a las fuerzas de Reino Unido.

Desde los primeros contactos entre las fuerzas británicas y el ejército argentino, la asimetría entre las facciones y la inferioridad del bando argentino en el combate directo contra la potencia europea se hicieron patentes. La incapacidad del obsoleto poderío naval argentino para contrarrestar la versatilidad de los submarinos nucleares británicos forzó a la Junta a sustraer por completo dicha pieza del tablero y a encomendar el éxito de la empresa a las fuerzas en el aire y en la tierra. Este movimiento por parte de los comandantes argentinos otorgó a las 110 embarcaciones británicas un dominio cuasi absoluto sobre el espacio marítimo.

El desarrollo de las maniobras de combate durante la guerra confirma la propuesta de Arreguín-Toft. Desde el 25 de abril hasta el 20 de junio, las fuerzas armadas británicas se enfrentaron al ejército argentino en las islas Malvinas y sus dependencias. Durante este periodo, los argentinos intentaron destruir las capacidades de combate de las fuerzas enviadas por Reino Unido para reconquistar sus posesiones. Al enfrentarse a los ejércitos británicos en sus propios términos, los contingentes argentinos fueron sometidos sistemáticamente hasta sucumbir por completo ante la superioridad de la gran potencia europea.

El 25 de abril, las tropas británicas se dispusieron a retomar la isla South Georgia ocupada por fuerzas especiales argentinas desde el 19 de marzo y resguardada por el submarino Santa Fe, fabricado por Estados Unidos durante la Segunda Guerra mundial y adquirido por Argentina en 1971. Tras ser atacado con cargas de profundidad, fuego de metralla y torpedos lanzados desde el aire, el submarino fue inhabilitado, lo que permitió el desembarco de tropas británicas en la isla. Los soldados argentinos se rindieron casi inmediatamente después del desembarco, sin ofrecer ningún tipo de resistencia.

El 1° de mayo, después de un poco efectivo bombardeo sobre el aeropuerto de Stanley, cinco oleadas de Harriers atacaron pistas de despegue y posiciones estratégicas en las bases argentinas de Stanley, Goose Green y Darwin (Joffre y Aguiar 1987: 98-104). Posteriormente, el almirante Woodward emitió la orden para que un destructor y dos fragatas bombardearan instalaciones militares argentinas durante varias horas. Su objetivo era engañar a los comandantes argentinos para que pensarán que un desembarco era inminente (Piñeiro 1992: 61-82). De esta manera podría observar su respuesta y hacerse una idea de la estrategia enemiga. Sin embargo, únicamente cuatro aviones Mirage III y dos bombarderos Canberra de las fuerzas armadas argentinas entraron en combate contra sus atacantes. De estos seis aviones, tres fueron derribados por fuego británico y uno fue destruido accidentalmente por las baterías antiaéreas argentinas. Los británicos asumieron que Buenos Aires se había percatado de la trampa antes de enviar sus fuerzas al encuentro con el enemigo.

En realidad, los argentinos habían caído en la trampa y habían lanzado una fuerza de cincuenta aeronaves para contrarrestar el intento de desembarco. No obstante, debido a la poca experiencia de los pilotos argentinos, una tercera parte de los aviones no logró establecer contacto con las aeronaves de suministro y, a falta de combustible, debieron

regresar a sus puntos de despegue. De los aviones restantes, únicamente seis lograron establecer contacto con los adversarios.

El 2 de mayo, el submarino nuclear HMS Conqueror abrió fuego contra el segundo navío más importante de la flota argentina, el crucero General Belgrano. Después de recibir cuatro impactos de torpedo, la embarcación de 44 años quedó totalmente inhabilitada, y 321 marineros argentinos murieron como consecuencia del ataque. Tras el hundimiento del General Belgrano, los integrantes de la Junta se percataron de que su armada no era competencia para el poder de los submarinos nucleares británicos. Las embarcaciones argentinas fueron desplazadas hacia aguas poco profundas y no volvieron a ser empleadas durante el conflicto (Piñeiro 1992: 85-94).

Uno de los pocos sucesos en los que Argentina logró contrarrestar las capacidades de combate británicas ocurrió la tarde del 4 de mayo. En un intento por vengar el hundimiento del General Belgrano, restablecer la moral argentina y cambiar el curso de la guerra, la Junta decidió atacar los portaaviones británicos con los misiles franceses Exocet. En vez de encontrar a los portaaviones, los cazas Super Etendard establecieron contacto con la barrera protectora conformada por los destructores tipo 42 Sheffield, Covington y Glasgow. Los pilotos argentinos abrieron fuego inmediatamente contra Sheffield. Uno de los misiles impactó directamente sobre la embarcación y la inhabilitó por completo.<sup>10</sup>

La efectividad de los Exocet pudo haber cambiado las circunstancias en favor de los argentinos. Sin embargo, después del hundimiento del Sheffield, Woodward añadió destructores tipo 42 a las barreras encargadas de proteger los portaaviones. Estas embarcaciones, equipadas con misiles Sea Wolf eran capaces de detectar y destruir a los

---

<sup>10</sup> De hecho, los pilotos argentinos confundieron al Sheffield con un portaaviones. De todas formas, el hundimiento del Sheffield tuvo un gran impacto mediático y logró reavivar momentáneamente las esperanzas argentinas.

Super Etendard antes de que alcanzaran la proximidad necesaria para lanzar sus misiles. Además, después del ataque contra el Sheffield únicamente quedaron tres Exocet en el inventario argentino (Piñeiro 1992: 95-117). Para eliminar la amenaza representada por estos artefactos el gobierno del presidente François Maurice Adrien Marie Mitterrand otorgó a los dirigentes británicos los códigos de los misiles Exocet adquiridos por la Junta, lo que les permitió tomar contramedidas electrónicas durante los ataques argentinos (Razoux 2002).

En tierra, la interacción estratégica también favoreció claramente a la gran potencia. De los 350,000 efectivos que conformaban las fuerzas armadas de Reino Unido, la administración de Margaret Thatcher envió solamente 28,000 a la guerra por las Malvinas de los cuales únicamente 9,500 eran fuerzas terrestres, bajo la dirección del Mayor General Sir John Jeremy Moore. Sin embargo, todos estos combatientes eran soldados profesionales bien equipados y altamente capacitados. Entre sus integrantes se encontraban elementos del Special Air Service, del Special Boat Squadron y de la Brigada de Gurkhas, compuesta por combatientes nepaleses. Los soldados pertenecientes a estos grupos contaban con un entrenamiento de élite y dominaban un espectro de habilidades que superaba por mucho al de los combatientes regulares y sus capacidades sobresalían de manera evidente en relación con las de los soldados conscriptos.

La superioridad numérica de los aviones argentinos también contribuyó a que las fuerzas armadas bajo la dirección de la Junta alcanzaran cierto éxito en el espacio aéreo. Tras el hundimiento del Sheffield, las aeronaves argentinas lograron hundir a la fragata Antelope, al destructor Coventry, al transportador Atlantic Conveyor y otros dos navíos británicos. Sin embargo, los costos de estos logros fueron muy elevados. En total, las fuerzas argentinas perdieron 99 aviones mientras que Reino Unido sólo perdió 34. Las

fuerzas aéreas británicas no sólo disponían de pilotos con mayor experiencia que sus contrapartes argentinas, también contaban con aviones más modernos.

El 15 de mayo, efectivos del Special Air Service destruyeron las instalaciones argentinas en la isla Pebble. Seis días más tarde, las fuerzas británicas desembarcaron en puerto San Carlos. Debido a su falta de movilidad, las tropas terrestres argentinas en las Malvinas no intentaron impedir el desembarco y se limitaron a defender sus posiciones; 24 días más tarde, los últimos defensores argentinos se rindieron en Stanley (Joffre y Aguiar 1987: 132-160). El 20 de junio, las tropas británicas ocuparon las islas South Sandwich.

En total, 649 argentinos murieron durante los enfrentamientos, 1068 fueron heridos y 11,113 fueron capturados. El número de bajas argentinas fue 2.5 veces mayor al de las británicas; el número de heridos, 1.3 veces mayor, y el número de prisioneros casi 100 veces más grande (Joffre y Aguiar 1987).

Durante la guerra de las Malvinas, la superioridad británica sobre su contraparte argentina resultó innegable. Sin embargo, a diferencia de la campaña dirigida por la Unión soviética en Afganistán, en la que la superpotencia se encontraba en una situación ideal, tanto en la arena política como en el plano militar para aventurarse en un conflicto armado (sobre todo contra un adversario débil y desorganizado), la guerra librada por Reino Unido en el Atlántico Sur se produjo en un momento en que la potencia británica no se encontraba preparada para luchar, y menos aún para hacerlo contra un adversario distante, que llevaba años modernizando y profesionalizando sus fuerzas armadas.

Como mencioné anteriormente, poco antes de la guerra los adversarios de Margaret Thatcher habían impulsado la aprobación de una serie de reformas políticas. Entre éstas se encontraban un recorte presupuestal en materia de defensa y una reorientación de la doctrina militar británica que favorecía una percepción continental de la seguridad

internacional, en detrimento del atlantismo y de la relación especial con Estados Unidos. Esto significaba, en primer lugar, que el ejército británico ya no contaría con los recursos necesarios para mantener su presencia en el Atlántico Sur. De hecho poco antes del desembarco argentino en las Malvinas, Reino Unido había anunciado el retiro de su único navío de combate permanente en la región.

En segundo lugar, el cambio en la doctrina militar implicaba que el gobierno británico se vería forzado a emplear casi la totalidad de su presupuesto en el fortalecimiento de las defensas antisoviéticas en Europa. Concretamente, una gran cantidad de recursos habían de ser destinados al programa de sustitución de los misiles UGM-27 Polaris por los más versátiles Trident I (C4) UGM-96A y Trident II (D5) UGM-133<sup>a</sup> (Razoux 2002).

Bajo estas circunstancias resulta todavía más clara la destreza con la que las fuerzas británicas supieron aprovechar su reducida, pero aún evidente superioridad con el fin de orientar de la interacción estratégica en su favor. Más aún, la victoria de Reino Unido bajo estas delicadas circunstancias hace más evidente el proceso mediante el cual la ausencia de apoyo externo a la causa argentina contribuyó a la rápida y decisiva derrota de la Junta militar.

### *C. Apoyo externo*

El segundo elemento indispensable para garantizar una victoria argentina era el apoyo de países no involucrados en el conflicto; especialmente de Estados Unidos. Tras la renuncia de Viola a finales de 1981, las relaciones bilaterales entre Argentina y la superpotencia occidental habían mejorado sustancialmente. Con el ascenso de Galtieri al poder, los lazos entre las dos naciones mejoraron en muchos aspectos. Estados Unidos

relajó su postura en lo referente a las violaciones a derechos humanos por el gobierno argentino. Por su parte, Argentina se comprometió a colaborar en la fuerza de paz del Sinaí y a brindar su apoyo en el conflicto nicaragüense. Además, se firmaron varios contratos para incrementar el arsenal convencional argentino con equipo militar estadounidense (Thornton 1998: 53-74).

Sin embargo, el cambio de rumbo en las relaciones entre Estados Unidos y Argentina no se debe, como se asume comúnmente, al final de las administraciones de Viola y James Carter, sino a que para finales de 1979 los aparatos de inteligencia estadounidenses descubrieron el programa secreto iniciado por la Junta con el fin de desarrollar armas nucleares. El gobierno estadounidense no estaba dispuesto a aceptar el surgimiento de otra potencia nuclear en el hemisferio, pero sabía que enfriar las relaciones con la Junta no ayudaría a disuadirla para que abandonara su programa secreto. Por lo tanto, la administración de Ronald Reagan decidió promover un acercamiento hacia los líderes de la Junta con el propósito de llegar a un acuerdo en el futuro.

El gobierno de Galtieri, al ignorar que la naturaleza secreta de su programa nuclear había sido comprometida, interpretó el cambio de actitud por parte de Estados Unidos como un gesto auténtico de buena voluntad y de interés por generar una alianza fuerte y duradera entre las dos naciones. Esta percepción tuvo un fuerte impacto sobre los integrantes de la Junta, y especialmente sobre el presidente Galtieri, quien llegó incluso a pensar que en caso de un enfrentamiento contra Reino Unido el gobierno estadounidense inclinaría su apoyo hacia el bando argentino.

Lo que las autoridades en la Junta no lograron percibir adecuadamente fue que, para la administración de Reagan, existía un objetivo en materia de política exterior cuya importancia igualaba o incluso superaba las preocupaciones en cuanto a proliferación de

armas nucleares en el Cono Sur. Para el presidente de la gran potencia occidental resultaba prioritario revivir la doctrina de contención hacia la Unión Soviética, remplazada por la política de *détente* desde finales de los sesenta. Desde la perspectiva de Reagan, la *détente* no había servido a los intereses del mundo occidental, y únicamente había permitido el fortalecimiento del bloque comunista. No obstante, para restituir los mecanismos de contención era fundamental contar con el apoyo de Reino Unido, que no sólo era el principal aliado de Estados Unidos, sino el puente entre el continente americano y el europeo (Thornton 1998: 49-53). Por lo tanto, para el presidente norteamericano resultaba imperativo fomentar en la medida de lo posible el fortalecimiento del gobierno de Margaret Thatcher que se tambaleaba ante la crisis económica por la que atravesaba su país y ante las presiones de los conservadores moderados, quienes abogaban en pos de una relación más fuerte con la comunidad europea en detrimento de la relación especial con Estados Unidos.

Para Reagan, la crisis en las Malvinas representó una oportunidad excepcional que le permitió matar dos pájaros de un tiro. Por un lado, la victoria británica consolidó el gobierno de Margaret Thatcher y permitió la reanudación de la política de contención que influyó en el debilitamiento progresivo del bloque soviético. Por el otro, la derrota argentina provocó la caída de la Junta militar, y con ella el colapso del programa de desarrollo de armas nucleares argentino.<sup>11</sup>

Galtieri sabía que el papel de Estados Unidos sería determinante en el resultado de la crisis en las Malvinas. Sin embargo, no logró apreciar correctamente las preferencias de la superpotencia americana. El presidente argentino no sólo supuso que Estados Unidos negaría su apoyo a los británicos, incluso llegó a pensar que Reagan apoyaría la causa

---

<sup>11</sup> De hecho Estados Unidos tuvo que presionar a Raúl Ricardo Alfonsín Foulkes para que abandonara el programa pero sin la derrota de la Junta este proceso habría resultado mucho más complicado.

argentina en la arena internacional, lo cual conduciría inexorablemente a la victoria de Buenos Aires. Si Estados Unidos decidía apoyar a Margaret Thatcher los británicos tendrían luz verde para operar en Sudamérica y para poner en jaque los designios de la Junta. En los hechos, eso fue exactamente lo que sucedió. Tras la ocupación de las Malvinas, Estados Unidos no sólo negó su apoyo diplomático a los argentinos, sino que en secreto suministró grandes cantidades de apoyo logístico, material e inteligencia a los británicos con lo que aseguró la derrota y el subsiguiente colapso de la Junta Militar.

Inicialmente, Galtieri y sus colaboradores pensaron o más bien, fueron llevados a pensar (por los representantes del gobierno estadounidense), que ante una invasión argentina de las Malvinas, la reacción de Estados Unidos sería muy similar a la que mostró tras la nacionalización del Canal de Suez por Gamal Abdel Nasser en 1954 (Costa 1993: 187-213). Sin embargo, la mañana del 2 de abril de 1982, horas antes del desembarco argentino en las islas, el presidente Reagan sostuvo una conversación con Galtieri en la que le informó que una agresión sobre las posesiones británicas en el Atlántico Sur no sería bien recibida por el gobierno estadounidense. A pesar de ello, la Junta decidió seguir adelante con sus planes, en la creencia de que, aunque Estados Unidos no se inclinaría en favor de Argentina, tampoco lo haría en favor de Reino Unido.

Por este motivo, Galtieri solicitó al gobierno estadounidense que fungiera como mediador para llegar a un acuerdo pacífico con el gobierno de Margaret Thatcher tras la ocupación de las Malvinas. Estados Unidos accedió. Sin embargo, en vez de desempeñar su papel como mediador imparcial en busca de un acuerdo pacífico, generó confusión y caos dentro del gobierno argentino presentando propuestas contradictorias, ofreciendo concesiones antes de consultarlas con las partes en conflicto y poniendo en duda su neutralidad en el asunto. El comportamiento ambiguo y errático de Estados Unidos en su

papel como mediador del conflicto sembró una gran incertidumbre entre los líderes de la Junta y los llevó a tomar decisiones erróneas que culminarían con la derrota de los ejércitos argentinos en el mes de junio (Thornton 1998: 119-153).

Para Galtieri el apoyo estadounidense era de suma importancia. Sin embargo, consideraba que Argentina tenía posibilidades de salir victoriosa aun sin apoyo estadounidense directo, siempre y cuando la superpotencia tampoco brindara apoyo directo a los británicos. No obstante, mediante un programa secreto, Ronald Reagan suministró una gran cantidad de apoyo logístico a los británicos. Utilizando la isla de Ascensión como punto de encuentro, el ejército estadounidense proporcionó combustible y equipo militar a la flota británica en camino a las Malvinas (Thornton 1998: 180-199).<sup>12</sup> Además, a través de los miembros de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, las fuerzas estadounidenses suministraron inteligencia sobre las posiciones, los movimientos y los planes de defensa del ejército argentino.

El gobierno argentino también intentó conseguir apoyo diplomático en el seno de la Organización de Naciones Unidas (ONU). Tras la invasión de las islas el 2 de abril, el embajador británico en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas propuso una resolución mediante la cual se solicitaba al gobierno argentino el retiro inmediato de sus tropas (Costa 1993: 313-320). El Secretario de Relaciones Exteriores argentino, Nicanor Costa Méndez, intentó bloquear la aprobación de esta propuesta. El rechazo a la resolución 502 habría inclinado la posición internacional hacia la causa argentina y habría permitido ejercer una mayor presión sobre las autoridades británicas, lo que las hubiera forzado a mostrar una mayor laxitud en sus negociaciones con la Junta. Lo único que Costa Méndez

---

<sup>12</sup> La isla se encuentra localizada exactamente en medio del camino entre las islas británicas y las islas Malvinas, a 1600 kilómetros de las costas de Angola.

requería era el apoyo de seis de los quince miembros no permanentes del Consejo de Seguridad o de uno de los miembros permanentes.

Inicialmente las cartas parecían favorecer a Argentina, quien esperaba el apoyo de la Unión Soviética, la República Popular China, Polonia, España y Panamá. Además, la autoridad argentina confiaba en una posible abstención de Estados Unidos o de alguna de las naciones anticolonialistas (Jordania, Togo y Zaire). No obstante, Costa Méndez no consideró el efecto negativo que las posturas de la Junta en materia internacional habían provocado sobre la imagen argentina. El férreo anticomunismo del régimen militar, el apoyo casi incondicional a Israel y a Sudáfrica, el entrenamiento proporcionado a las células contrarrevolucionarias nicaragüenses y las violaciones sistemáticas a los derechos humanos por parte del gobierno argentino influyeron en las preferencias de los votantes. En el momento decisivo, únicamente Panamá votó en contra de la resolución. La Unión Soviética, China, Polonia y España se abstuvieron, y el resto apoyó la causa británica. De esta forma, se derrumbó la oportunidad de ejercer presión diplomática sobre Reino Unido con el fin de prolongar las negociaciones hasta el invierno o inclinarlas en favor de Argentina.

En el marco de la Organización de Estados Americanos, Argentina obtuvo resultados ligeramente más favorables, pero poco efectivos para contrarrestar la amenaza británica. Costa Méndez no obtuvo el apoyo de dos terceras partes de los miembros, necesario para permitir una acción militar colectiva en contra de Reino Unido; tampoco adquirió el reconocimiento de la soberanía argentina sobre las islas, ni el apoyo necesario para que se formulara una resolución que solicitara el retiro de las tropas británicas.

La delegación argentina argumentó que Gran Bretaña tenía planeado atacar en territorio argentino, por lo que debía ser aplicado el principio de defensa colectiva. Sin

embargo, lo único que obtuvo fue un exhorto, emitido el 28 de abril, en el que se solicitó el cese a las hostilidades dentro del territorio protegido por el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca. De acuerdo con una editorial del *New York Times*, durante el conflicto por las Malvinas, el apoyo latinoamericano hacia Argentina fue “tan amplio como el Río de la Plata, pero con sólo un centímetro de profundidad” (Thornton 1998: 229)

Del 27 al 29 de mayo se sostuvieron reuniones en el marco del Tratado de Río. Durante estos encuentros, Venezuela, Panamá y Perú intentaron que se aprobara una resolución que condenara los comportamientos británico y estadounidense y abriera las puertas para que Buenos Aires recibiera ayuda legítima por parte de la Unión Soviética. La propuesta fue rechazada y el documento que se aprobó finalmente, sólo exhortó a cada miembro del Tratado a proporcionar la asistencia que considerara apropiada.

La ayuda que recibió Argentina, más allá de algunos aviones y propuestas de mediación fue casi nula. Curiosamente, uno de los países que se solidarizó más enérgicamente con la causa argentina fue Brasil. A pesar de sus viejas rivalidades con Argentina, el gobierno brasileño proporcionó tres aviones de reconocimiento y se opuso continuamente a las operaciones militares británicas en la región. Algunos estudios argumentan que, al percatarse de que no había manera de que Argentina saliera victoriosa, Brasil decidió comenzar a desempeñar un papel conciliatorio en las relaciones con su antiguo enemigo. De esta manera lograría impulsar y consolidar su nuevo lugar como nación hegemónica regional en Sudamérica. Otros argumentos sostienen que Brasilia decidió solidarizarse con Buenos Aires como muestra de su desencanto por Estados Unidos y de su apoyo al régimen militar argentino, que, a fin de cuentas, no era tan distinto al brasileño.

Sin embargo, más allá de algunas palabras de apoyo o de algunos gestos y transferencias con valor meramente publicitario, las naciones latinoamericanas no ofrecieron ningún apoyo a los líderes de la Junta. Algunas incluso colaboraron de manera directa con el esfuerzo británico. La República del Perú se negó a vender sus reservas de misiles Exocet. Brasil puso una de sus bases al servicio de un submarino de Reino Unido y, a pesar de su supuesta neutralidad, Uruguay abrió sus espacios aéreo y marítimo a las fuerzas británicas. Incluso se piensa que algunos comandos británicos pudieron operar directamente desde territorio chileno (Razoux 2002).

Por último, Argentina tenía planeado formar un poderoso ejército convencional y un arsenal nuclear que le permitieran proyectar su influencia en Sudamérica. Con este propósito, había firmado contratos militares o en materia de cooperación nuclear con Canadá, Suiza, República Federal Alemana, Sudáfrica, China, la Unión Soviética, Francia e Israel. No obstante, la adquisición de armamento o material nuclear con estos países estaba planeada para completarse en varios meses. Con el inicio de la guerra no se aceleró el ritmo de las transferencias. De hecho, el gobierno francés congeló por completo sus ventas de armamento a la Junta y promovió negociaciones con el canciller Helmut Heinrich Waldemar Schmidt para que su administración hiciera lo mismo. Los líderes del Elíseo también colaboraron rastreando los intentos argentinos por adquirir nuevos misiles Exocet. Asimismo, la comunidad europea impuso un embargo comercial contra Argentina. Por ello, en el momento de la ofensiva británica, la ya de por sí aislada nación sudamericana no pudo disponer de las capacidades bélicas con las que había pensado consolidar su potencial de combate. Esto aceleró en parte el proceso de derrota argentino y facilitó las operaciones británicas (Razoux 2002).

Las explicaciones sobre la interacción estratégica y el apoyo externo resultan fundamentales para entender el desenlace de la guerra de las Malvinas en 1982. Para la Junta era de gran importancia la recuperación de las islas. Sin embargo, sus líderes estaban conscientes de la debilidad de las fuerzas armadas argentinas frente al poderío castrense de una potencia como Reino Unido, que disponía de un ejército diseñado para hacer frente a las fuerzas del pacto de Varsovia. El gobierno argentino sabía que le sería muy complicado derrotar a los británicos en un enfrentamiento directo. Por lo tanto, diseñaron una estrategia que tenía como objetivo golpear la voluntad británica de aferrarse a las islas, no su capacidad. Sin embargo, en un territorio tan pequeño como el de las Malvinas, resultaba evidente que no sería posible conducir una guerra como aquella librada por los muyahidín en Afganistán, por lo que el campo de batalla decisivo no se encontraría en tierra, sino en el mar y en el aire.

Así como los rebeldes afganos emplearon el terreno escabroso de las montañas en su favor, los argentinos buscaron explotar las terribles condiciones marítimas del Atlántico Sur para bloquear a su enemigo y evitar ser destruidos durante el tiempo necesario para minar la voluntad del gobierno británico. Sin embargo, el descubrimiento de las intenciones de la Junta por parte de Reino Unido destruyó los planes argentinos y los forzó a librar un combate directo contra las fuerzas armadas británicas, en el que éstas demostraron la superioridad de sus capacidades, equipo y entrenamiento.

Para los argentinos, la guerra por las Malvinas no sólo fue un fracaso en lo que concierne a la interacción estratégica. En términos del apoyo externo, Argentina tampoco recibió la ayuda política y diplomática para contrarrestar el poderío británico. La cantidad de recursos suministrados a las fuerzas argentinas por facciones externas fue casi nula y no generó ninguna diferencia en el balance de poderes entre los dos ejércitos. En cuanto al

apoyo diplomático, los argentinos también fueron abandonados a su propia suerte. Si Estados Unidos hubiera apoyado la causa argentina y el principio de no intervención de naciones externas en asuntos hemisféricos, la Junta habría obtenido una gran ventaja sobre su adversario. Asimismo, las naciones latinoamericanas se limitaron a emitir discursos y declaraciones de solidaridad, pero nunca se unieron para asistir al gobierno de Argentina. La Unión Soviética tampoco tomó acciones concretas para apoyar a la Junta. En otras palabras, los argentinos tuvieron que enfrentar a las fuerzas británicas solos y en los términos dispuestos por la potencia europea.

## Conclusiones

El estudio de los dos casos abordados en este trabajo deja en claro que no se pueden entender las causas que permiten la victoria de grupos con capacidades militares inferiores en ciertos conflictos asimétricos, si no se observan con el mismo detenimiento los factores que los conducen al fracaso en otras conflagraciones de naturaleza similar.

La comparación de los casos seleccionados en este análisis demuestra que, tanto la interacción estratégica como el nivel de ayuda externa desempeñan un papel relevante en el resultado de una conflagración asimétrica. Sin embargo, la forma concreta que cada una de estas variables adopte en un conflicto armado específico puede inclinar la balanza en favor o en contra del beligerante menos poderoso.

En relación con los dos conflictos analizados se intentó comprender cómo una potencia militar puede ser vencida por un adversario inferior y cómo, por el contrario, puede emerger victoriosa ante éste. Dicho de otro modo, se intentó esclarecer el mecanismo causal que conduce a la victoria o a la derrota de una entidad comparativamente débil frente a una gran potencia militar.

Los procesos causales que emergen claramente en las dos narrativas analíticas aquí presentadas nos demuestran que, tanto en la intervención soviética en Afganistán, como en la guerra por las Malvinas, la interacción estratégica y el nivel de apoyo externo se presentan como factores relevantes, que influyeron en uno u otro sentido en la culminación específica de cada conflagración.

Queda claro que, en un fenómeno social tan complejo como la guerra moderna, existe una cantidad innumerable de aspectos que pueden influir tanto en la naturaleza de los eventos que ocurren durante un conflicto, como en el resultado final del enfrentamiento.

Sin embargo, resulta interesante observar cómo en este entramado interminable de posibles factores explicativos, las dos variables aquí analizadas adoptan patrones de comportamiento notoriamente divergentes en dos casos con resultados opuestos.

El análisis de la interacción estratégica durante la intervención soviética en Afganistán nos permite observar cómo, lo que inicialmente parecía una victoria rápida y aplastante sobre un conjunto de grupos débiles y desorganizados se transformó en una guerra larga y tortuosa, sin frentes ni enemigos definidos, durante la cual el movimiento muyahidín logró establecer una lógica de combate que drenó enormes cantidades de recursos soviéticos, destruyó la reputación de los líderes en el Kremlin y mermó la imagen de la URSS en la arena internacional.

Las tácticas empleadas por los insurgentes afganos *per se* nunca pusieron en jaque la existencia del cuadragésimo ejército, menos aún la de las fuerzas armadas soviéticas o el *status* de la URSS como superpotencia militar. Sin embargo, al evadir el enfrentamiento directo con la maquinaria de guerra soviética, el movimiento rebelde logró evitar su destrucción y representar una amenaza permanente a los intereses de Moscú en Afganistán. Con el tiempo, los sacrificios realizados por la Unión Soviética para sostener al régimen comunista afgano sobrepasaron los umbrales a los que el gobierno soviético estaba dispuesto a llegar con el fin alcanzar estos objetivos en la región.

En las Malvinas, el desenvolvimiento de la interacción estratégica tuvo consecuencias que contribuyeron ampliamente a la victoria de la facción más poderosa. Naturalmente, esto dice mucho sobre las capacidades de las fuerzas armadas británicas, así como sobre la preparación y la astucia de sus líderes en el campo de batalla. Sin embargo, los eventos ocurridos durante esta conflagración no deben llevarnos a subestimar el talento de los líderes y comandantes argentinos.

Los miembros de la Junta argentina sabían que, a pesar de que disponían de uno de los ejércitos más poderosos de Latinoamérica, sus fuerzas armadas no constituían un contrincante suficientemente fuerte para contrarrestar las capacidades militares de Reino Unido. Por este motivo, los comandantes argentinos diseñaron una estrategia que, al igual que aquella de los ejércitos muyahidín, no buscaba destruir al ejército británico sino evadirlo para evitar un enfrentamiento directo que pusiera en peligro la integridad de sus fuerzas. Los argentinos buscaban generar un escenario en el cual los costos de pelear una guerra por unas pequeñas islas en el Cono Sur fueran más elevados de lo que el gobierno británico estaba dispuesto a invertir para recuperarlas.

La Junta sabía que, de maniatar exitosamente al gobierno de Reino Unido durante un periodo relativamente extenso, la administración Thatcher sucumbiría ante las presiones políticas de sus contrincantes, quienes se mostraban menos renuentes ante la posibilidad de una solución negociada. El plan de los argentinos se asemejaba en cierto modo a la estrategia empleada por los rusos contra las fuerzas napoleónicas y los ejércitos de Adolf Hitler, en tanto que ambas dependían de la llegada de un invierno extremo que pusiera en peligro a cualquiera que decidiera aventurarse en la región.

Cuando el plan de la Junta se vino abajo, las fuerzas argentinas se vieron obligadas a luchar en los términos impuestos por los británicos. Esto no significa que la intervención de Viola explique la derrota argentina, únicamente permite entender por qué los argentinos no adoptaron una estrategia indirecta al enfrentarse a un enemigo con capacidades evidentemente superiores.

Las lecciones que se pueden desprender de los casos aquí estudiados son claras. La interacción estratégica es un factor importante que puede influir en el desenlace de una guerra asimétrica. Cuando una entidad castrense se ve envuelta en un enfrentamiento en

contra de un rival superior, puede resultarle muy ventajoso evitar el combate directo y buscar infligir costos crecientes sobre el adversario.

Dicho de otro modo, la facción débil debe asegurarse de que su contrincante se vea forzado a pagar un precio cada vez más alto por garantizar sus designios. Para la gran potencia, llegará un punto en el que los costos serán demasiado elevados y no valdrá la pena continuar la lucha. Para la facción menos poderosa, sin embargo, resulta esencial asegurarse un margen de acción suficientemente amplio para poder determinar la naturaleza de la interacción estratégica.

Por su parte, una gran potencia militar no debe sobrestimar el papel de sus capacidades castrenses en un conflicto de carácter asimétrico. Por el contrario, cuando busque someter a un adversario más débil es más probable que éste intente evitar el enfrentamiento directo e idee maneras para inutilizar la ventaja que presupone la capacidad superior de la facción más fuerte. Por ello, en una conflagración contra un rival menos poderoso, una potencia castrense debe intentar acorralar a su enemigo de tal forma que éste no pueda tomar la iniciativa en el combate y sea incapaz de determinar la naturaleza de la interacción estratégica. El ejército más fuerte debe buscar situaciones en las que su adversario se vea obligado a decidir entre pelear en combate directo o abandonar la resistencia.

En los dos casos que aquí se analizan, el apoyo brindado por entidades externas al contrincante menos poderoso también desempeña un papel relevante para la definición de los eventos que conducen al desenlace específico de las conflagraciones. Sin el apoyo de las potencias antagonistas a los intereses de la URSS, la resistencia a la ocupación soviética habría resultado mucho más difícil.

En el combate cotidiano en contra del cuadragésimo ejército y sus aliados afganos, los combatientes muyahidín arriesgaron sus pertenencias, su libertad y sus vidas. Sin embargo, esta determinación y voluntad de sacrificio no habrían representado una gran diferencia de no haber sido complementadas con equipo, entrenamiento, información y asesoría financiados por las potencias adversas a los intereses del Kremlin.

Además del soporte económico y militar, las entidades afines al movimiento rebelde afgano otorgaron santuarios territoriales a los insurgentes y conformaron una amplia red de apoyo político internacional a su causa. Por ello, no resulta exagerado atribuir en gran medida a este complejo entramado de aliados la conformación del movimiento muyahidín como facción capaz de poner en jaque los intereses soviéticos en Afganistán.

En el caso de las Malvinas, los dirigentes argentinos cometieron un gran error al delinear elementos importantes de su plan para recuperar las islas sobre la falsa pretensión de que recibirían suficiente apoyo por parte de agentes externos, específicamente por parte de Estados Unidos. A diferencia de los líderes muyahidín, los miembros de la Junta argentina incurrieron en un grave falla de percepción al ser incapaces de identificar las preferencias del gobierno estadounidense en un contexto marcado por tensiones crecientes entre las dos superpotencias y por el temor a la proliferación de armas de destrucción masiva.

Una vez que el abandono estadounidense se hizo evidente a los ojos de los argentinos, la Junta hizo todo lo posible por encontrar adeptos a su causa o, por lo menos, opositores a la causa británica que estuvieran dispuestos a brindar algún tipo de apoyo militar o político que permitiera alejar las circunstancias lo más posible de la inminente derrota que se avecinaba. Sin embargo, una vez más, falló en el momento de interpretar los

intereses de los agentes que de alguna u otra manera habrían podido influir en el desenlace de la conflagración.

El apoyo externo puede desempeñar un papel importante en las guerras asimétricas. En casos extremos, la ayuda por parte de entidades no involucradas directamente en un conflicto asimétrico puede transformar el balance de las fuerzas articuladas en el teatro de operaciones de combate. En muchos otros casos, el apoyo puede resultar suficiente para mantener a la facción más débil en la pelea del tal forma que pueda representar una amenaza constante para los intereses de su adversario.

En una guerra asimétrica, la facción débil puede beneficiarse ampliamente del apoyo externo. Sin embargo, antes de embarcarse en un enfrentamiento en contra de un enemigo más poderoso ésta debe interpretar adecuadamente los intereses y las percepciones de sus aliados potenciales. Además, el contendiente menos poderoso debe asegurarse de que existan vías apropiadas que permitan canalizar esta ayuda para transformarla en herramientas de combate efectivas.

La gran potencia, por su parte debe analizar cuidadosamente el contexto político y los intereses que pueden verse afectados antes de apresurarse a embestir a un adversario más débil. Para incrementar las posibilidades de victoria, la facción más poderosa puede buscar reducir la gama de aliados potenciales de su enemigo. Asimismo, debe asegurarse de aislar a su contrincante cortando los conductos a través de los cuales puede conseguir ayuda externa.

El análisis aquí presentado permite plantear la importancia de realizar estudios más profundos que conduzcan a un mejor entendimiento de los conflictos asimétricos. Más específicamente, puede buscarse establecer parámetros claros que faciliten y promuevan el entendimiento de la asimetría en la guerra. Es también importante desarrollar

investigaciones más extensas sobre el papel que desempeñan la interacción estratégica y el apoyo externo sobre el desenlace de las guerras asimétricas.

La realización de narrativas como herramientas de análisis científico permitirá esclarecer la mecánica de los eventos pasados, así como de su relevancia específica en ciertos contextos históricos (Qiao y Wang 1999). Sin embargo, en un sistema de relaciones internacionales marcado por la disparidad en la repartición de poderes, las guerras asimétricas pueden transformarse en fenómenos más comunes por lo que la comprensión de los factores que influyeron en el desenlace de las guerras asimétricas anteriores puede tener repercusiones importantes mucho más allá del ámbito académico, en los campos de batalla de las guerras futuras.

## Bibliografía

- Arreguín-Toft, Ivan, "How the Weak Win Wars: A Theory of Asymmetric Conflict", *International Security*, núm. 26, 2001.
- Biddle, Stephen, *Afghanistan and the Future of Warfare: Implications for Army and Defense Policy*, U.S. Army War College, Carlisle, 2002.
- Biddle, Stephen, *Military Power: Explaining Victory and Defeat in Modern Battle*, Princeton University Press, Princeton, 2004.
- Büthe, Tim, "Taking Temporality Seriously: Modelling History and the Use of Narratives as Evidence", *American Political Science Review*, vol. 96: 2002, núm. 2.
- Collier, David, *A Statistical Rationale for Qualitative Research?*, Workshop on Interdisciplinary Standards for Systematic Qualitative Research, 2005.
- Costa Méndez, Nicanor, *Malvinas: Ésta es la Historia*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1993.
- Crile, George, *Charlie Wilson's War: The Extraordinary Story of the Largest Covert Operation in History*, Atlantic Monthly Press, Nueva York, 2003.
- De Montbrial, Thierry y Jean Klein, *Dictionnaire de Stratégie*, Presses Universitaires de France, Paris, 2006.
- Dorronsoro, Gilles, *La révolution afghane : des communistes aux tâlebân*, Karthala, Paris, 2000.
- Geddes, Barbara, *Paradigms and Sand Castles: Theory Building and Research Design in Comparative Politics*, University of Michigan Press, Michigan, 2003.
- George, Alexander & Andrew Bennett, "Process-Tracing and Historical Explanation", *Case Studies and Theory Development in the Social Sciences*, MIT Press, Cambridge, 2005.
- Joffre, Oscar Luis y Félix Roberto Aguiar, *Malvinas: la defensa de Puerto Argentino*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1987.
- Kakar, Hassan, *Afghanistan: The Soviet Invasion and the Afghan Response, 1979-1982*, University of California Press, Berkeley, 1995.
- Kennedy, Paul, *Auge y caída de las grandes potencias*, trad. J. Ferrer Aleu, Debolsillo, Barcelona, 2005.

- Kissinger, Henry, "The Vietnam Negotiations", *Foreign Affairs*, vol. 48: 1969, núm. 2.
- Mack, Andrew, "Why Big Nations Lose Small Wars: The Politics of Asymmetric Conflict", *World Politics*, 1975, núm. 27.
- Mendelson, Sarah, *Ideas, Politics, and the Soviet Withdrawal from Afghanistan*, Princeton University Press, Princeton, 1998.
- Merom, Gil, *How Democracies Lose Small Wars: State, Society and the Failures of France in Algeria, Israel in Lebanon and the United States in Vietnam*, Cambridge University Press, Nueva York, 2003.
- Midlarsky, Manus, *Handbook of war studies*, Unwin Hyman, Boston, 1989.
- Monks, Alfred, *The Soviet Intervention in Afghanistan*, American Enterprise Institute for Public Policy Research, Washington, 1981.
- Morgenthau, Hans, *Politics Among Nations: The Struggle for Power and Peace*, Knopf, Nueva York, 1985.
- Paul, T.V., *Asymmetric Conflicts: War Initiation by Weaker Powers*, Cambridge University Press, Nueva York, 1994.
- Piñeiro, Armando, *Historia de la Guerra de las Malvinas*, Planeta, Buenos Aires, 1992.
- Qiao Liang y Xiangsui Wang, *La guerre hors limites*, Rivages poche, Paris, 1999.
- Razoux, Pierre, "La Guerra de las Malvinas", *Istor*, año 2: 2002, núm. 8.
- Record, Jeffrey, "External Assistance: Enabler of Insurgent Success" *Parameters*, núm. 31, 2006.
- Record, Jeffrey, "Why the Strong Lose", *Parameters*, núm. 30, 2005.
- Ricks, Thomas, *Fiasco: The American Military Adventure in Iraq*, The Penguin Press, Nueva York, 2006.
- Russian General Staff, *The Soviet Afghan War: How a superpower fought and lost*, trad. Lester Grau, University Press of Kansas, 2002.
- Sewell, William, *Logics of History*, University of Chicago Press, Chicago, 2005.
- Stockholm International Peace Research Institute, *SIPRI yearbook: world armament and disarmament*, Stockholm International Peace Research Institute, Stockholm, 1983.

Thornton, Richard, *The Falklands Sting: Reagan, Thatcher and Argentina's Bomb*, Brassey's, Washington, 1998.

Von Clausewitz Karl, *De la guerra*, trad. Julio Tello, Colofón, México, 2006.

